

20.-

Roberto González Villarreal

# DESPUÉS DE LA LIBERACIÓN



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Roberto González Villarreal

DESPUÉS  
DE LA LIBERACIÓN  
(formas transpolíticas, figuras transexuales)



Roberto González Villarreal

DESPUÉS  
DE LA LIBERACIÓN  
(formas transpolíticas, figuras transexuales)

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL  
Dirección de Difusión y Extensión Universitaria  
Fomento Editorial  
México, 2001

*Después de la liberación*  
(formas transpolíticas, figuras transexuales)  
Roberto González Villarreal

Marcela Santillán Nieto	<i>Rectora</i>
Tenoch E. Cedillo Ávalos	<i>Secretario Académico</i>
Arturo García Guerra	<i>Secretario Administrativo</i>
Abraham Sánchez Contreras	<i>Director de Planeación</i>
Juan Acuña Guzmán	<i>Director de Servicios Jurídicos</i>
Elsa Mendiola Sanz	<i>Directora de Docencia</i>
Aurora Elizondo Huerta	<i>Directora de Investigación</i>
Valentina Cantón Arjona	<i>Directora de Difusión y Extensión Universitaria</i>
Fernando Velázquez Merlo	<i>Director de Biblioteca y Apoyo Académico</i>
Adalberto Rangel Ruiz de la Peña	<i>Director de Unidades UPN</i>
Anastasia Rodríguez Castro	<i>Subdirectora de Fomento Editorial</i>

*Cuidado de la edición:* Jorge García Villanueva  
*Diseño:* Margarita Morales Sánchez  
*Formación:* María Eugenia Hernández

Ia. edición: 2001

© Derechos reservados para esta edición por la Universidad Pedagógica Nacional.

© Derechos reservados por el autor Roberto González Villarreal.

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional.

Carretera al Ajusco núm. 24, col. Héroes de Padierna, Tlalpan, C.P. 14200, México, D.F.

www.upn.mx

ISBN 970-702-051-2

HQ75.5 González Villarreal, Roberto  
G6.2 Después de la liberación: formas transpolíticas,  
figuras transexuales / Roberto González Villarreal --  
México:  
UPN, 2002  
114 p.  
ISBN 970-702-051-2  
I. HOMOSEXUALIDAD 2. TRAVESTISMO I. t.

*Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.*

*Impreso y hecho en México*

## ACERCA DEL AUTOR

Roberto González Villarreal estudió economía en el ITESM y en la UNAM. Fue coordinador general del Centro de Estudios de la Gobernabilidad A.C. y miembro fundador del Grupo de Intervención Social y Defensa de Derechos Humanos (Gissida A.C.). Se ha dedicado al estudio de las racionalidades gubernamentales y dirige el Seminario de Educación y Gobernabilidad de la Maestría en Pedagogía de la UPN, donde es profesor titular desde 1981.

Ha publicado *Estado y capital: la pareja ambigua*, *Ingovernabilidad: la gestión de la crisis en el gobierno de Ernesto Zedillo* y ha colaborado en *México: reforma y Estado*, *Homosexuality: society and the state in Mexico*, *El sida en México: los efectos sociales*, así como en diversas revistas y suplementos.



En la actualidad trabaja sobre la economía política del populismo y la emergencia de los dispositivos neoliberales de gobierno.

*Para el Vicho,*  
*Para Francisco Galván, in memoriam,*  
*A Marce, Lucía, Tatiana, César, Simón,*  
*Maricarmen y Carlos Lagunas*

## ÍNDICE

- 15 LIFE...
- 18 ...IS A QUOTATION
- 21 LIBERACIÓN O EL ACCIDENTADO VIAJE  
HACIA EL VACÍO
- 21 Represión y liberación
- 28 El horizonte crítico de la teoría
- 30 Transpolítica
- 35 IDENTIDAD O LA INÚTIL BÚSQUEDA  
DEL YO
- 35 Desencanto
- 37 Liberación e identidad
- 39 Una identidad problemática
- 42 La identidad gay
- 44 Los tipos ideales
- 46 Paradojas del inútil yo
- 49 Aproximaciones al posgay

51 **LIGUE O EL FELIZ ENCUENTRO  
DE LOS OBJETOS**

- 51 Hastío  
52 La represión fascinante  
55 El éxtasis del vacío  
59 El sexo descarnado  
60 Después de la mirada, obscenidad y orgía  
64 El *look*, la identidad superficial  
66 Prótesis y profilaxis, la nueva moral sexual

71 **FIGURAS TRANSEXUALES**

- 71 Abandono  
73 Chichifos, el atractivo de la indiferencia  
77 Travestis, la fascinación del artificio  
81 Dragas, el placer de la ironía  
83 Cuinas, divina conjunción  
87 Masocos, la erótica del poder  
91 Obsesos, la nueva mística sexual  
94 Deseantes, ánimas cotidianas

97 **FUGACES TERRITORIOS**

- 97 Ruinas  
100 Baños, la desaparición de la mirada  
104 Cines, ese oscuro objeto  
108 Discos, las intensidades luminosas  
111 Cuartos oscuros, los placeres orbitales  
112 Chats, la multiplicación de las identidades



*La generación que perdió  
el cielo al conquistarlo*  
Elías Canetti

# LIFE...

HACE AÑOS EL MOVIMIENTO HOMOSEXUAL escribió los relatos de su emancipación. Describió las múltiples formas de represión y hostigamiento, denunció el terror, cuestionó la medicina y la psiquiatría; luchó contra la norma y pugnó por una sociedad abierta; salió de los bajos fondos y se integró a los nuevos movimientos sociales. Sus banderas fueron la tolerancia y la transparencia.

El movimiento a veces fue político; a veces espectacular y muchas más cotidiano; otras fue sólo el refugio de grupos informales. Pero nunca perdió de vista el aquí y el ahora. Nunca esperó otros tiempos para la libertad: la utopía estaba en el presente. A veces parecía un partido, otras una comunidad o un grupo de presión (“derechos iguales a lesbianas y homosexuales”). Se sintió parte de la nueva izquierda: anunció la liberación y el socialismo. A veces los confundió y muchas más ignoró. En ocasiones fue ideológico, otras programático, algunas religioso y las más lúdico. Nunca arrastró a las masas, nunca fue formal, cambió lentamente las costumbres y los comportamientos. Sobre todo fue un movimiento cultural: modificó actitudes, lenguajes y gustos. Definió identidades.

Fue ambicioso o muy modesto, pero siempre estableció la diferencia como posibilidad de vida individual y democrática. Fue una ambición muy bella. Pero ya terminó.

Hoy no sabe sino repetirse. Su transgresión se volvió retórica. No ha podido asimilar su fracaso político ni su éxito social. Triunfó a costa de la política y no sabe cómo lidiar con ello, por eso su discurso es tan pobre. Se aferra desesperadamente al pasado como fórmula de supervivencia. Todavía quiere liberarnos, todavía lucha obsesionado contra el poder (lo denuncia con ironías violentas y críticas agrias). Pero es incapaz de pensar, siquiera un momento, que todo ya pasó. No sabe asimilar su triunfo: ¡la liberación ya se realizó!, ¡la revolución ganó: vivimos en la posliberación!

Son otros tiempos. El discurso liberador suena viejo y acartonado. La crítica teórica y política sigue anclada en el poder. No ha visto pasar la liberación. Se repite. Se ha vuelto un cliché, una retórica sin imaginación y, también, sin agonistas.

La teoría debe cambiar. La crítica es inútil. Siempre estableció compromisos con el poder. Hay que hacer la crítica de la crítica, no para fundar una nueva, sino para traspasarla. La crítica era uno más de los mecanismos de lo existente. Cambiaba la posición de los términos del debate pero no los mismos términos. La liberación, por ejemplo, peleaba por una expulsión del poder en la sexualidad. Y lo logró. El poder fue expurgado del sexo, sólo para crear al sujeto. La liberación expulsó al poder,

pero fortaleció al sexo. No nos liberó del sexo, nos ató más a él. La crítica cambió la posición de los términos poder y sexo, pero no los términos en sí. Quizá porque expresan lo mismo.

La crítica denunció la pretendida naturalidad de la norma y la fundó en la historia. El deseo es histórico y la sexualidad una experiencia. Pero no comprendió los cambios, no comprendió su triunfo. Después de la historia, después de la liberación ¿cuáles son los resultados?, ¿cuáles son los nuevos procesos? La comprensión de lo real está más allá de sí mismo. La crítica está demasiado comprometida con el principio de realidad para captar las transformaciones de un mundo distinto. La teoría debe saltar sobre su sombra para vislumbrar el horizonte del presente.

La liberación ya se realizó. El poder es cosa del pasado; el sexo triunfó. Pero ya estamos después de él. Las nuevas figuras sexuales están des-realizadas. Perfilan su identidad alejadas del sexo y de sí mismas. Han luchado por liberarse del poder y, paradójicamente, se han liberado también del sexo. Son formas transexuales y transpolíticas.

En la posliberación, el sexo y el poder se reencuentran de otra manera, como posibilidades eróticas o políticas, pero sin hegemonía social. Como aditamentos de un movimiento desenfrenado de los encuentros y los contactos. Como fuerzas de atracción y repulsión de las partículas seductoras. La liberación nos alejó del poder y la posliberación del sexo, de la carne y los excesos sólo para lanzarnos a un vacío superficial, al espacio

irónico del monitor y la pantalla; a la eventualidad del contacto y la virtualidad del goce.

La posliberación es un tiempo paradójico. El sexo y el poder se fundieron irremisiblemente en la circulación de los encuentros virtuales y provocaron una redefinición social donde el contacto, la fascinación y la obscenidad, sucedieron a las viejas formas de relación sexual. El monitor y la pantalla han sustituido a la red, al tejido y al pacto social; a la relación social el contacto digital; a la red la pantalla; al sujeto el *look*; y a la pasión el estremecimiento de las apariencias. El sujeto fue lanzado más allá de sí mismo: al éxtasis de la transparencia y del movimiento; a la orgía y la obscenidad.

¡No lo lamentemos! Era el destino inmanente de nuestros sueños libertarios. La alienación pertenece al pasado. Los individuos posliberados encuentra en las superficies las formas hipermodernas de la reconciliación del sujeto: el *look* y el holograma.

## ...IS A QUOTATION

BORGES ADVIRTIÓ los textos que formaban otros textos. No se contentó con estafar las metáforas y burlar la imaginación, sino condenó a la escritura a repetirse *ad infinitum*. Imaginarios

o reales, los relatos se suceden interminablemente, citándose una y otra vez. Parece que todo está ya escrito y sólo se rescriben los temas y las variaciones de siempre. Sólo disponemos las frases de manera diferente. Quizá alguno invente otra sintaxis pero todos utilizamos los mismos temas, las mismas ideas.

Los ensayos son formas combinatorias de las proposiciones de otros, de los temas ajenos y las influencias manifiestas. Aunque siempre existe el peligro de fracasar estrepitosamente cabe la posibilidad de gozar un poco con ello. La legitimidad del argumento importa poco cuando se pierde en las citas implícitas de autoridades competentes. Reescribir, transcribir o traducir las preocupaciones propias a partir de los textos de otros es el destino fatal de la escritura en los tiempos de la saturación y del hastío. Todo está dicho y sólo basta acercarlo a públicos con otras inquietudes. Quien quiera ser original que lo sea, al fin y al cabo alguien descubrirá una influencia, un texto olvidado, una traducción no hecha.

Algunas versiones preliminares de este libro aparecieron en *Topodrilo*, *El Nacional*, *Sida y Sociedad* y *Los efectos sociales del sida*. Sin embargo, a diferencia de otros, los artículos se desprendieron del primer borrador para cumplir compromisos editoriales y, sobre todo, sondear la recepción a sus tesis. En ocasiones fue favorable, en otras desproporcionada, como la réplica furibunda de un viejo intelectual "socialista", articulista de *Excélsior*, ante el texto del ligue gay aparecido en la sección Cultura de *El Nacional*, o los comentarios al texto *Deseantes*, aparecido en la revista

*Del otro lado*, por parte de los sumos oficiantes de la crítica de los martes, en un conocido antro gay de la Ciudad de México.

Como se acostumbra en estos casos escribo unas palabras finales acerca de los agradecimientos. Mi recordado amigo, Francisco Galván discutió algunas partes. Los compañeros de la Universidad Pedagógica Nacional conocieron ideas similares en otros campos, en particular Ángeles Varea y las chicas del Seminario de Sociedades Posindustriales de la Academia de Educación de Adultos. Por último, las feministas y los gays de siempre me recordaron un pasado que había que traspasar, un pasado cómplice de otros procesos de sujeción: los que se refieren a uno mismo.

Escribimos para salir de las trampas de la identidad, para rechazar gozosamente lo que hemos creído, lo que hemos sido; aunque nos vuelva cada vez más escépticos de las utopías y nos pierda en el universo volátil de las cenestesias inesperadas y el fragor inmediato de mil batallas sin destino manifiesto: libres, al fin, hasta de nosotros mismos.

# LIBERACIÓN O EL ACCIDENTADO VIAJE HACIA EL VACÍO

*Uno sólo es libre cuando no quiere nada.  
¿Para qué querrá uno ser libre?*

Elías Canetti

## Represión y liberación

A LA TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA OPRESIÓN corresponde el discurso y la política de la liberación. Una dialéctica de la resistencia que en el curso de su historia presenta regularidades, modificaciones e innovaciones. Se acostumbra señalar a Kertbeny como el primero que acuñó y utilizó el término homosexual para definir a un sujeto cuya práctica sexual se da con individuos de su mismo sexo. Esta identificación del deseo y el sujeto fecha un desplazamiento histórico en la significación social del sexo, en la comprensión de la homosexualidad y en su utilización política.

Del sodomita del siglo XVIII al homosexual del XIX existe una diferencia tan grande que sólo pueden obviar quienes se colocan al interior de un discurso ahistórico y naturalista. El sodomita es un violador del orden natural, un transgresor de la reproducción,



un libertino que utiliza su cuerpo para el placer; su condena es divina, su castigo: la hoguera. El homosexual es un personaje social, un invertido sexual, un transgresor de la tipificación social entre lo masculino y lo femenino, un sujeto preso de su sexualidad: un anormal. Su condena es social, su futuro: la cárcel o el diván. Cambio de estatuto, definición y destino: del pecador irreductible que merece la muerte al enfermo corregible que debe curarse. Cambio de época: más que una variante laica de la opresión, reformulación y refuncionalización en un nuevo espacio político y social.

Este recambio histórico de la homosexualidad y de su opresión, se da por la interacción de dos nuevos discursos: la criminología y la medicina. Las reformas penales introducidas por la revolución francesa, en especial el Código Napoleónico, eliminaron de la lista de delitos a los actos sexuales cometidos por individuos del mismo sexo; así como a todos aquellos que no incluían la reproducción.<sup>1</sup> Actitud consecuente con los principios de este nuevo derecho penal: la ley no tiene relación con faltas religiosas o morales, y se formula únicamente alrededor de lo que es útil para la sociedad. Por esta razón no podremos encontrar en Francia los orígenes del movimiento homosexual, ni un discurso científico de su opresión. Por el contrario, en Alemania y en aquellos países que no conocieron directamente una revolución burguesa radical y en donde el antiguo derecho germánico ejercía influencia, la homosexualidad

---

<sup>1</sup> Jean Nicolas. *La cuestión homosexual*. Barcelona, Fontamara, 1982, p. 42.

seguía siendo tipificada como delito.<sup>2</sup> Esto es importante señalarlo, ya que los autores que la identificaron como una patología física o mental, como anormalidad congénita o adquirida, fueron médicos que pugnaron por la derogación de las leyes anti-homosexuales, en particular el famoso artículo 175 del código penal alemán de 1871. Es decir, la constitución del homosexual como personaje típico de la medicina y la psiquiatría se dio, en parte al menos, por la lucha contra la represión. Pioneros de la liberación homosexual, como Ulrichs y Kraft-Ebing, son al mismo tiempo médicos que la localizaron en el campo de las patologías sexuales. El libro de Kraft-Ebing, *Psychopatia sexualis*, donde considera la homosexualidad como una degeneración del sistema nervioso central, es un ejemplo muy ilustrativo.<sup>3</sup> ¿Cómo pudieron hacerlo?, se preguntaría ahora. La respuesta es sencilla: si la homosexualidad es innata, no puede ser considerada como ofensa merecedora de castigo por personas razonables que respeten las misteriosas leyes de la naturaleza.<sup>4</sup>

Las formas de este discurso médico varían según se acentúe la importancia de factores hereditarios o adquiridos, biológicos y

---

<sup>2</sup> Foucault refiere en *La verdad y las formas jurídicas*, México, Gedisa, 1984, p. 66, que la traición y la homosexualidad eran las únicas ocasiones en que la comunidad juzgaba *in toto* a los individuos.

<sup>3</sup> Ver también las clasificaciones de Ulrichs en *Los primeros movimientos en favor de los derechos homosexuales 1864-1935*, el clásico libro de John Lauritsen y David Thorstad publicado por Tusquets Editores (Barcelona, 1977) con el número 78 de la colección Cuadernos, p. 82.

<sup>4</sup> *Idem*, p. 23.

mentales; los resultados son: inversión sexual, tipos sexuales intermedios (tercer sexo), trastornos del sistema nervioso; enfermos, anormales, que pronto deberán someterse a tratamiento, que podrán ser curados.

La medicina como mecanismo de individuación y control: el homosexual es un sujeto enfermo, que puede y debe corregirse. Inventa terapias: por hipnosis, castración, drogas depresivas, baños fríos, abstinencia, vasectomía, de rechazo sexual...<sup>5</sup> Una teoría crítica que se vuelve opresiva, una nueva forma de dominación y control denunciada por unos cuantos en su época. De hecho, los dirigentes y publicistas del movimiento de liberación homosexual continuaron utilizando este discurso en su lucha permanente contra el artículo 175. Hirschfield, en Alemania, publicó boletines y folletos en defensa del tercer sexo, mientras que, en Inglaterra, Havelock Ellis en sus *Estudios de psicología sexual* dedicaba un volumen a la inversión sexual para distinguir la homosexualidad adquirida y la inversión congénita.<sup>6</sup>

Teorías contradictorias, discursos encerrados en la práctica médica que sirven para corregir y despenalizar; o mejor, una táctica que es utilizada para liberar, se convierte en otra forma de control. La medicina, la psiquiatría y posteriormente el psicoanálisis, confor-

---

<sup>5</sup> "Treatment" en *Gay American History* de Johnatan Katz, Nueva York, Avon Books, 1979.

<sup>6</sup> Para una recensión detallada de la obra de Ellis, consultar el libro de Sheila Rowbotham y Jeffrey Weeks, *Dos pioneros de la liberación sexual. Edward Carpenter y Havelock Ellis. Homosexualidad, feminismo y socialismo*, Barcelona, Anagrama, 1978.

man una nueva práctica de la opresión que acompaña, de manera crítica o positiva, a la prisión en toda la primera etapa de la liberación homosexual. Habría que colegir, entonces, que la opresión homosexual no se explica por sí misma (contradicción con la norma heterosexual, desperdicio del semen), sino en relación con mecanismos de control social: la cárcel y la clínica; cómo éstas la abrazan y anatimizan, y proporcionan elementos para su crítica.

Friedländer en el campo político, y Freud en el científico, cuestionan esta conjunción de teoría y crítica homosexual. El polimorfismo sexual hizo posible desterrar la homosexualidad de las psicopatologías, y una escisión del movimiento alemán señaló que “se puede sentir compasión hacia las enfermedades, y podemos comportarnos humanamente con los enfermos, intentando evidentemente ‘curarlos’ (comillas en el original, RGV); pero jamás se reconoce que los supuestos inferiores físicos tengan nuestros mismos derechos”.<sup>7</sup> El núcleo de la crítica gay se desplaza: la pregunta no es por qué se reprime a los homosexuales, sino qué hace que la homosexualidad sea negada como posibilidad erótica del cuerpo social. Un naturalismo que recoge argumentos de la biología y la antropología para demostrar la inmanencia del deseo homoerótico en toda la escala de la evolución, en todas las épocas y culturas de la humanidad, o en el inconsciente de los individuos.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> Lauritsen y Thorstad, *op. cit.*, p. 97.

<sup>8</sup> Luis González de Alba, en el contexto mexicano, es siempre una referencia obligatoria. Ver su libro *Bases biológicas de la bisexualidad*, México, Katún, 1985.

¿Qué sucede alrededor del saber para originar tales discursos? ¿Por qué se pasa de la enfermedad individual a la determinación social, a la represión cultural? Momento de tensión entre el individuo y la sociedad, donde a ésta se le puede también estudiar, clasificar, diagnosticar: represiva, intolerante, enferma... Cambio de énfasis: los discursos más radicales llegan a decir que la represión a los homosexuales es una de las formas constitutivas de las relaciones capitalistas, ¡de la lucha de clases!; por ello, su liberación es parte integral del programa socialista.<sup>9</sup> Las tácticas difieren: el enfrentamiento, agresión, integración, superación; la autodefensa, el orgullo homosexual y la comunidad gay.

Otros discursos, otra política: de la justificación a la reivindicación; la autoafirmación: la búsqueda de la identidad. Por eso, la discusión contemporánea ya no se da en torno a la etiología de la homosexualidad, sino alrededor de la vida de los homosexuales. ¿Qué hacen?, ¿cómo viven? Las viejas tipologías que se conformaban alrededor de gradaciones naturalistas se sustituyen por nuevas donde el vestido, el acceso al sexo, las preferencias sexuales y los modos de vida son los criterios definidores: activo, *leather*, clon, ca-

---

Comparto en lo esencial sus tesis, sin embargo me parece que su crítica a la identidad homosexual yerra el blanco al introducir una suerte de “esencia bisexual” de la cual las “fobias” serían desviaciones explicables psicoanalíticamente. Sobre esta base no podemos captar la conformación, la especificidad ni la funcionalidad histórica de la identidad.

<sup>9</sup> Por ejemplo los documentos del PRT en México, o del WSP de Estados Unidos y los debates en la LCR francesa.

sado, loca, *size queen*, dragas, machín, chichifo, pasivo, mayate, internacional, cuina...

Las tácticas de la autoafirmación. Reconociendo su especificidad y diferencia, los homosexuales se agrupan en torno a espacios sociales reconocidos, ganados o cedidos. Inserción en el circuito mercantil-capitalista: los *ghettos*, las “zonas liberadas”, los lugares de reunión, diversión, trabajo y vivienda: la conquista de la tolerancia. Si los discursos médico y penal están siendo abatidos, el mercado baliza la homosexualidad, la ubica, social y geográficamente: la vuelve útil. Del homosexual punible al homosexual curable, y luego, al homosexual rentable. La identidad homosexual se convierte en un gran negocio. Formas de un poder envolvente que convierte a sus resistencias en elementos integradores, en acicates de nuevas modalidades de desarrollo.

En suma, el discurso crítico de la liberación arroja:

- Un enunciado: la homosexualidad como identificación histórica del sujeto y el deseo; la identidad homosexual.
- Dos estrategias: opresión y liberación homosexual.
- Varias tácticas: de la cárcel a la clínica, del diván al *ghetto*. Tolerancia, integración, marginalidad, reconocimiento, autoafirmación: búsqueda de la identidad.
- Innovaciones: en el plano teórico el polimorfismo plantea una hipótesis que los estudios de Kinsey confirman y sintetizan en el *continuum sexual*. La homosexualidad como práctica se democratiza, no sólo se muestra, se extiende. El *continuum* se suaviza:

¿quién no ha sentido ganas de besar, abrazar... o acostarse con un amigo?, ¿quién no lo ha hecho?

## El horizonte crítico de la teoría

EN LA ÉPOCA DE LA LIBERACIÓN, la teoría y la historia gays descubrieron la particularidad homosexual, la lucha contra la represión y el hostigamiento; después de la liberación, ¿qué han encontrado? La liberación se realizó hace mucho. Vivimos un tiempo posterior a ella: cuando ha sido integrada a la cotidianidad social y personal; cuando ha ocasionado un movimiento social y una transformación de los sujetos homosexuales; cuando han aparecido los gays y su cultura, los gays y sus comunidades. La liberación es parte ya de la historia gay; lo que no significa que las formas del poder represivo no sigan presentes. Por el contrario, aparecen frecuentemente en espacios localizados, atentan todavía los derechos conquistados y asumidos. Ninguna liberación es definitiva. La liberación denuncia y expurga las formas manifiestas del poder en el sexo, pero crea otras, establece otras relaciones —más sofisticadas— con el poder; no lo elimina sino que lo transforma, lo modifica.

La posliberación no asume la forma de una época anárquica sino la de una época transparente, donde el poder se ha vuelto visible, se ha denunciado y se presenta en formas anómalas de la coexistencia social. El poder represivo, tras la liberación, no es ni un mito ni un yugo inexorable, es sencillamente otra de las posibilidades concretas de la

socialidad sexual. La liberación no eliminó al poder —ninguna liberación lo hace—; lo expuso, lo denunció, lo volvió transparente; definió un espacio más de lucha, una arena más de su ejercicio.

La liberación recompuso el espacio social integrando la sexualidad a las formas explícitas del poder. La política gay fue el movimiento consecuente de regulación autónoma de la sexualidad por un grupo social específico, anteriormente perseguido y denostado. La política gay reivindicó la diferencia y la particularidad, contribuyó a formular un horizonte social de tolerancia y transparencia en la regulación personal y social de lo político.<sup>10</sup> Después de la

---

<sup>10</sup> Hay que repetirlo muchas veces: la liberación es la puesta en boga del discurso y la práctica emancipadora, constituye teóricamente un acontecimiento cuando se formula y se discute, cuando aparece en el horizonte social como una realidad estratégicamente realizada, no tiene nada que ver con supuestas —ni reales— amenazas a su consecución cotidiana.

La discusión sobre si ya está conseguida definitivamente la liberación homosexual en México cuando todavía se violan los derechos humanos elementales de los ciudadanos es una discusión sobre la política cotidiana, no sobre la vigencia teórico-estratégica de la liberación. La liberación no es un asunto de grados o de regiones sino de experiencias individuales y sociales y, desde este punto de vista, en México hace mucho que se realizó, basta ver las expresiones de una franja social autoconstituida y de las múltiples referencias personales que lo atestiguan. Ver, por ejemplo, los circuitos de diversión, de cultura, de habitación, de ligue, etcétera. Esta misma franja social autoconstituida es la prueba obvia de la liberación, más allá de las referencias a violaciones indiscutibles de los derechos humanos, que se localizan más en el terreno de la impunidad policiaca y de la administración de justicia que en la particularidad de los homosexuales —aunque algunos alcaldes se empeñen reiteradamente en demostrar que estoy equivocado.



liberación, cuando ya se han fundido los procesos emancipadores en el espacio colectivo e individual, cuando la homosexualidad es una parte más de los encuentros sexuales y sociales, incluso una fuerza política e intelectual, pero sobre todo comercial y profesional, es tiempo de cuestionar el destino de la liberación, más en la perspectiva de las transformaciones sociales de la modernidad tardía que en la de sueños nostálgicos o neoconservadores.

A la sexualidad cerrada y reprimida se opuso la crítica teórica y política. A una sexualidad abierta y flexible ¿qué le corresponde?

## Transpolítica

LA POSLIBERACIÓN es una etapa confusa, ambigua. Todavía no define los elementos específicos de una nueva época, sólo registra las mutaciones de procesos emancipadores, capta las señales en un punto de inflexión: es más un tiempo —y un término— indicativo que uno realizado, más un conjunto de señales que un diagnóstico, más un boceto que un cuadro.

La posliberación parte de considerar realizada la ambición emancipadora de la política gay. Reconoce un proceso estratégicamente cumplido en la integración económica, social, individual y política de la homosexualidad. Los grupos de presión, los centros de reunión, de diversión, de trabajo y vivienda, los territorios particulares, el discurso desinhibido y la irradiación del gusto y la cultura gay formaron parte de la estrategia liberadora; ahora ya son elemen-

tos de la cotidianidad y de la realidad social. Ya están firmemente establecidos en el imaginario social y en las instituciones económicas y culturales, sólo basta extenderlos, quizá modificarlos, pero existen, se reconocen... y cada vez más.

Hay que partir de estos acontecimientos, de las nuevas realidades producidas por la liberación, para reconocer un cambio de señales; los signos de una nueva época. La liberación es característica de la época de la represión y la clandestinidad; la posliberación es el tiempo de la tolerancia y la transparencia, un momento nuevo de la sexualidad y el poder, de la política y la seducción. La denuncia y las manifestaciones, el panfleto y la solidaridad, los grupos y los *ghettos*, las demandas y la búsqueda de la identidad, fueron formas dominantes de la liberación. Formas sociales y formas políticas, apelan al ejercicio tradicional de los grupos emancipadores para levantar un movimiento e institucionalizar sus propuestas; para insertar su particularidad en el tejido social.

Formas colectivas, pero también formas individuales. La emancipación es un movimiento que abre el espacio social y cierra la identidad del sujeto. Por eso, ya sea en grupos partidarios o artísticos, incluso en grupos volátiles, la liberación siempre ha tenido un contenido político. Enfrenta la norma o la represión en el espacio público o en el círculo privado. La respuesta es siempre contestataria y siempre aleccionadora: lo cotidiano se vuelve político, no importa que las preferencias ideológicas de los individuos sean dispares, el simple hecho de reconocerse como diferentes a la norma social y desarrollar una vida consecuente les otorga un estatuto emancipador—en el exceso,

se decía, revolucionario—. La liberación es social y política o no lo es; poco importan las formas que asuma. A menudo, como en México, acude más al imaginario y a la lenta transformación de costumbres, vía grupos informales y espectáculos, que a formas estrictamente políticas, vinculadas con partidos o con grupos de interés y de presión. Sin embargo, cuando los procesos emancipadores se han extendido y han agotado su novedad estratégica, habría que preguntarse si el significado social de la acción de los gays, de sus lugares y sus formas de convivencia sigue teniendo el estatuto heroico de la liberación y de la política, o los ha trascendido, o quizás eludido, o integrado o, sencillamente, traspasado. ¿Por qué no pensar que así como a la liberación correspondió la política sexual, a la posliberación la definen formas transpolíticas y transexuales?

La liberación produjo la verdad sexual, la expuso públicamente: demandó el derecho universal a una sexualidad libre y saludable —el sexo fue uno más de los derechos humanos—. Después de la liberación, cuando la homosexualidad es un tema casi insignificante, cuando todos acudieron tras el sexo y lo practicaron sin moderación y sin exceso, ¿qué descubrieron, qué consiguieron los emancipadores sexuales? Nada. El sexo permitido, manifiesto, banal, es casi un sinsentido. Detrás del sexo prohibido no se encuentra ningún paraíso —ni siquiera artificial—, sólo la interdicción. Detrás de la permisividad no hay nada, ninguna sustancia, ninguna felicidad, como lo auguraba todavía la teoría de la desublimación represiva. La prohibición era una engañifa, una gran máscara que no ocultaba nada, que creó al sexo como se crean las imágenes elusivas; efectos, sólo

efectos de realidad y de verdad desvanecidos cuando se arranca la máscara que los produce.

La posliberación es el tiempo del desencanto. Después de una lucha feroz, los radicales descubrieron la verdad insustancial del sexo y de la emancipación. La liberación fue un accidentado viaje hacia el vacío, y la posliberación el súbito despertar tras el sueño. Pero, también, la posliberación es el tiempo de la autoparodia, de la irrisión. Por qué decepcionarse del vacío, por qué añorar una verdad sustantiva; mejor aceptar fatalmente la vacuidad y transformar el proceso ético y político de la liberación en un juego estético y transpolítico del sexo.

La posliberación es la aceptación irónica del fin del sexo, así como la transpolítica es el destino fatal de las estrategias libertarias. ¿Quién quiere liberarse del poder cuando se le ha ridiculizado? ¿Quién aspira a ser gay cuando ya todos lo son? Las expectativas emancipadoras terminaron en el vacío y la transpolítica no tiene ya ilusiones: juega con ellas. Ha aprendido que es sólo un efecto de realidad, una máscara que no vale la pena alcanzar. Mejor seguir el juego, retar al poder y seducirlo; mejor maquillar la máscara, agregarle un disfraz y bailar una zarabanda salvaje.

Después del sexo no hay nada. Para qué develar su verdad, para qué producir su teoría y su política, para qué dominarlo, es mejor retarlo con la indiferencia, con el gozo del placer negado o con la obsesión radical del éxtasis. Ante la profunda seriedad del sexo, la posliberación ha procedido a disolver las esencias en el juego de las apariencias. Para qué liberarse si la libertad develó una oquedad

insufrible, mejor perderse en el vacío primordial de la seducción, en el mundo de las ilusiones y de la irrefrenable movilidad de los encuentros. *La liberación expuso al poder y a la política al ataque despiadado de lo banal. La posliberación inicia la aceptación venial de la indiferencia, la superficialidad y la obsesión.*

¡No lo lamentemos! ¡Alegrémonos del fin del paraíso! ¡Viviremos en éxtasis permanente, sin la pesada carga de la carne y del sentido! ¡Alcanzaremos el estado posnatural de los místicos; aliviados del pecado y la pasión, porque por fin nos hemos despojado del deseo y del poder! ¡Seremos, de nuevo, criaturas inocentes!

# IDENTIDAD O LA INÚTIL BÚSQUEDA DEL YO

*¿A quién contengo aún que quiera ser liberado?  
¿A quién no libero?  
Elías Canetti*

## Desencanto

EN LOS SETENTA, se decía entonces, recuperamos la palabra. Quedaba atrás una larga historia de placeres soterrados, de guiños subrepticios, de encuentros furtivos. Habíamos traspasado la época del terror y la represión, habíamos cruzado el tiempo de las sombras; por fin podíamos ser nosotros mismos. La libertad descubrió nuestra identidad. Sentimos recuperar nuestro yo y lo exhibimos sin pudor. Altivos y desenfadados, caminamos con el deseo en los ojos y en los gestos. Inventamos un estilo y un lenguaje propios. Con fascinación contemplamos nuestra particularidad y celebramos la buena nueva. Así recorrimos el mundo y —por qué no decirlo—, lo cambiamos.

Pero no olvidamos. Intuimos el duelo a muerte con las interdicciones. Sospechamos una retirada táctica de los prejuicios, por

eso los cercamos, los atosigamos a denuncias e ironías. En voz alta, asumimos una sexualidad abierta y desafiante: queríamos decirlo y hacerlo todo. El sexo estaba en todas partes.

En los ochenta recuperamos la duda. Habíamos logrado mucho y, sin embargo, no estaba claro para qué. Detrás del sexo no encontramos nada: el vacío era el dominio de su verdad. Descubrimos que el poder era un simulacro. La prohibición era un ardid primitivo del código sexual; al eliminarla, o herirla de muerte, quedó al descubierto la mayor estratagema del poder: no existe, es un puro juego de espejos, una apuesta para volver real al sexo. El triunfo de la liberación nos mostró el otro lado de la proposición sexual; pero no la eliminó. La liberación sexual no nos liberó del sexo, sólo nos ató más a él. Es el triunfo contra las prohibiciones sexuales, pero no la emancipación del sexo. El sexo puede ser liberado o reprimido, pero no debe ser ignorado.

Antes de renunciar advertimos que la aventura liberadora no fue en vano. No regresamos inermes. De la oquedad retornamos otros, nos hicimos diferentes. Ciegos —deslumbrados por la nada—, nos asumimos únicos y continuamos en un viaje inercial que nos reafirma. El “flamígero estandarte” se volvió nuestra divisa. En la lucha contra el poder nos vencimos a nosotros mismos, nos creamos, nos resumimos en el sexo y ahí reconocimos nuestro yo. Entonces nos volvimos gays.

## Liberación e identidad

EL DISCURSO DE LA LIBERACIÓN pretendía decirlo todo. Se proponía acabar con los prejuicios narrativos y las palabras susurradas para sustituirlas con los nombres precisos del sexo, del deseo y de las preferencias. El discurso de la liberación producía la verdad sexual; la sacaba de las mazmorras del poder y de los sótanos cotidianos para instalarla en la plaza pública, para convertirla en el arma de su crítica moral y política. Con la liberación, el sexo dejó de ser parte de la vida privada y salió desafiante a la vida pública: había que decirlo todo de una vez: la verdad estaba de su parte.

El discurso de la liberación arremetía contra la represión, la prohibición, el secreto y los misterios; poco importaba que en su historia repetidas veces se entrelazara con sus contrarios, la liberación se sabía a sí misma irreversible: clamaba por un destino luminoso al amparo de la verdad.<sup>11</sup>

La liberación nos entregó al sexo y su verdad. En adelante, debíamos hacer buen uso de él. Fue un *stock* energético a administrar, un fluido libidinoso a gastar, un impulso saludable a cuidar.<sup>12</sup>

La práctica de la liberación pretendía mostrarlo todo. Se proponía acabar con los prejuicios morales y las pulsiones inhibidas para

---

<sup>11</sup> Ver la argumentación de Habermas sobre la necesidad de autocercioramiento en la conciencia del tiempo de la modernidad en *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1988.

<sup>12</sup> ¿Hay que señalar, acaso, el papel del psicoanálisis, la sexología y la salud mental en este curso arrasador de la liberación?



sustituirlas con las acciones propias del sexo revelado, con las prácticas abiertas y el reconocimiento orgulloso de las preferencias sexuales y morales. La política liberadora arremetía contra las prohibiciones, las represiones y las hipocresías; poco importaba que en su dinámica generara otras formas de subordinación y control: la liberación sexual se sabía a sí misma inexorable. Una vez conquistada pasaría a formar parte de los procesos de individuación y socialización, de los vínculos sociales y del arsenal de técnicas de construcción del yo. Por la política liberadora el sexo dejaría de ser mortificación o secreto individual para convertirse en otro campo más de lo social, en vector de integración de la socialidad.

Con la liberación, las relaciones sexuales formaron parte de las relaciones sociales, otro ámbito de la sociedad y la política. Pero, también, las estrategias de la liberación propiciaron el cuestionamiento del yo: de qué nos liberamos, quiénes somos; así se inició la búsqueda de la identidad homosexual.<sup>13</sup> La represión hace posible la identidad. En el proceso emancipador, los individuos no sólo cortan la retícula de interdicciones sociales, institucionales y morales, también regresan a su interior para cuestionar la particularidad que cargan consigo y por la cual abrieron la confrontación. La liberación es una ruptura, un tajo al cerco coactivo, pero también un reclamo para rearticular el espacio-tiempo de lo social, para insertar lo negativo, para reformar lo actual. La emancipación rompe y

---

<sup>13</sup> “La liberación es, en todas partes, el proceso de interiorización de la separación.” Baudrillard *dixit*.

reconstruye, inserta en lo social lo antes prohibido. Liberación es reconstrucción del espacio social y reformulación del sujeto individual. El proceso rector de lo social sella la particularidad de la lucha en la identidad del sujeto. La liberación homosexual abre espacios sociales y cierra el universo interior del sujeto. En las batallas por el reconocimiento social de las prácticas homosexuales el sujeto mira a su interior para recomponer la comprensión de sí mismo; interioriza la lucha efectuada reconociendo su especificidad como homosexual, como sujeto con comportamientos y gustos sexuales particulares. La identidad gay es la reconstrucción del yo por el código del sexo.

## Una identidad problemática

LA IDENTIDAD es un proceso constitutivo y constituyente del individuo histórico. Sin embargo, en México la identidad gay se debate entre la necesidad o el rechazo, nunca se investiga su formación, se describe como esencia o como táctica de afirmación. Veamos dos ejemplos polares. Luis González de Alba fue el primero en declararse en contra, argumenta su posición en dos textos complementarios.<sup>14</sup> En el primero la describe como “forma opresora de la

---

<sup>14</sup> En el orden expuesto más adelante son: “Contra la identidad homosexual” en *El Machete*, octubre de 1980; y *Bases biológicas de la bisexualidad*, México, Katún, 1985.

ideología burguesa” cuando estimula la especificidad del homosexual. En el segundo desarrolla un argumento naturalista para mostrar la presencia de los contactos homosexuales en la escala filogenética para luego postular el polimorfismo sexual. Así, la esencia homosexual se destruye en un juego más amplio: la bisexualidad innata, que sólo la acción de mecanismos represores —en el nivel individual o social— bloquean. El individuo se enajena convirtiéndose en homosexual o heterosexual exclusivo. Aquí la homosexualidad es una condición alienada, una desviación de impulsos esenciales. La falta de lealtades homogéneas a las figuras paternas puede explicarla, en todo caso no es patológica, aunque el análisis puede remediarla. En respuesta, Xabier Lizárraga y otros insisten en asumirla, reconocerla, mostrarla orgullosamente. No hacerlo, dicen, recrea la coacción institucional contra el deseo homoerótico. Saberse y reconocerse específicos y diferentes es un paso hacia la igualdad, un requisito en la lucha contra la represión. Aunque están dispuestos a admitir “falsas identidades” en la aceptación de los estereotipos, se trata de privilegiar la contestación. La identidad homosexual se vuelve una táctica en las batallas contra el poder.

La identidad tiene acepciones distintas. La vaguedad en sus definiciones vuelve confusas las referencias y la polémica resulta irrelevante. Es posible encontrar, por lo menos, cinco usos distintos:

- Identidad: afeminado, estereotipo del homosexual.
- Identidad: enajenación de la esencia bisexual.
- Identidad: reconocimiento de la especificidad sexual.

- Identidad: impulso vital de supervivencia.
- Identidad: táctica de lucha.

Este juego multívoco de la identidad ha propiciado un debate difícil de seguir y de realizar. Cuando se discute su pertinencia política en la liberación se atiende el aspecto táctico de la aceptación, pero se elude el estratégico —las modalidades de socialización restringida que acarrea. Cuando se niega, denuncia el estereotipo. Se entienden cosas distintas. Por un lado, táctica contra el poder; por el otro, condena al estereotipo. Tácticas de lucha enfrentadas, pero que tendencialmente se acercan cuando Lizárraga acepta la posibilidad de “falsas identidades”.

El estereotipo del homosexual es propio de la época oscura: el imaginario represivo del homosexual. Una primera etapa de la liberación contó con la reivindicación radical del estereotipo, de asumirlo para quitarle el tono peyorativo, o para eliminarlo por hipertrofia. Pero también es verdad que dentro del mismo grupo liberador se elaboraron otros modelos de comportamiento homosexual que rechazaban, o no toleraban, esa posición. La vertiente de lo que se llamó los “normales” o, más aún, aquellos que utilizaban los rasgos del modelo típico de la masculinidad para hipervirilizarlos —los *leather*, los chacales—. Los modelos del tipo ideal del homosexual se diversificaron: es un producto de la liberación. Pero los modelos de comportamiento son sólo un rasgo de la identidad homosexual. Lo que se juega alrededor de ella es algo más que eso; refiere procesos interiores, de conformación y definición del yo a partir del

sexo, y esto es justamente lo definitivo, lo que aparece específicamente en la liberación. La identidad homosexual, o mejor, la identidad gay no consiste en la asunción personal del estereotipo; es la auto-aceptación, y el comportamiento social consecuente, de la preferencia homosexual dominante en un sujeto. Aceptación personal y demostración social de esta aceptación.

## La identidad gay

LA HOMOSEXUALIDAD es una experiencia,<sup>15</sup> recoge múltiples procesos en su conformación: es un resultado, una categoría del deseo expresada en un sujeto. El homosexual es suma de pulsiones y actitudes, concentrado individual de un placer; nada escapa a su deseo, el goce lo define, en él se particulariza. La homosexualidad vive en su personaje, es un reconocimiento y un destino. La identidad se construye para vincular deseo y sujeto, es la subjetivación del discurso y del poder, o mejor, es la resultante individualizada de las resistencias al poder y al saber.

La homosexualidad no es una esencia ni una condición, es una forma de existencia del individuo histórico que acepta la definición sexual para reconocerse y formarse. Por la liberación homosexual, se conformó un nuevo sujeto: el gay, el homosexual que ha

---

<sup>15</sup> Según Foucault una experiencia refiere tres procesos: las prescripciones normativas (el poder), el discurso de la verdad (el saber) y las técnicas del yo.

tomado la palabra, y al eludir las coacciones a su práctica sexual ha conformado, o descubierto, o inventado, un yo particular, una identidad definida a partir de su preferencia sexual y del conjunto de prácticas sociales que la acompañan. El gay, el homosexual autoasumido, es el sujeto de la liberación; su resultado más notorio. Antes, quizá, había individuos con pulsiones homosexuales que podían o no definir su sexualidad y su socialidad a partir de ellas; con la liberación existen los gays.<sup>16</sup> Sujetos con identidad propia, un yo mismo recuperado o formado en la resistencia y en la liberación: un sujeto con identidad específica: un sujeto moderno.<sup>17</sup>

La identidad gay es un resultado: los roces entre la represión y la resistencia, entre los discursos y las prácticas, entre la solidaridad y el miedo, la contestación y el orgullo, generan una red institucional de reclusión incrustada en los poros del capital, y un proceso de liberación política y cotidiana: los modos de convivencia y de formación del “ser gay”.<sup>18</sup> La identidad tiene rastro doble: los mecanismos

---

<sup>16</sup> Probablemente desde hace mucho tiempo existen individuos que han reconocido y vivido su preferencia sexual, probablemente desde hace mucho existen, por tanto, homosexuales, pero sólo desde la liberación existen gays, y es entonces cuando puede hablarse propiamente de identidad.

<sup>17</sup> Ver las referencias de Charles Taylor sobre la genealogía de la identidad moderna, desde Descartes y Montesquieu, hasta el psicoanálisis y el interaccionismo simbólico en “Interioridad y cultura moderna” en *Política*, suplemento de *El Nacional*, febrero de 1991.

<sup>18</sup> El título paradigmático de un boletín de información quincenal sobre antros, masajes, visitas y lugares para todos los gays. Ver *Ser Gay. El magazine nacional gay*, México, American Trade Magazine.

de socialización (adscripción a un grupo, apropiación de códigos comunitarios) y los momentos de la individualidad (particularidad, independencia); por ambos se refuerza y se despliega. La identidad gay es un proceso ininterrumpido de redoblamiento de sus elementos constitutivos, al interior del sujeto y en el efecto gregario producido. La liberación homosexual es el entorno de la identidad, la garantía de su reproducción y emergencia de agentes formadores.

En México, los setenta son el momento de eclosión de la identidad, que coincide temporalmente con los movimientos políticos homosexuales pero no se circunscribe a ellos, no se reduce a los grupos. Aunque las acciones de éstos iluminen el espacio homosexual, de múltiples modos van conformándose las zonas de exclusividad, los mensajes dedicados, el lenguaje propio, la cultura y una serie de signos particulares cuya apropiación es precisamente el requisito de pertenencia y continuidad del grupo, así como del desarrollo del yo gay. Ya existe una franja homosexual en la sociedad mexicana, un grupo definido y reconocido por sí mismo. En eso consiste la identidad y por eso, estrictamente, sólo es posible en la liberación gay.

## Los tipos ideales

LOS MODELOS DE LA IDENTIDAD varían, se encarnan en diferentes representaciones. El afeminado —la loca— es sólo uno de los tipos límite de existencia gay. El otro es su opuesto natural, el machín. Ambos retoman y mitifican los atributos de los géneros para es-

estructurar los procesos de identificación. Son los extremos de un abanico de posibilidades intercambiables donde los juegos del lenguaje, del comportamiento, de los gestos y las actitudes, y de las posiciones sexuales modifican permanentemente la concepción de sí mismos, manteniéndose, sin embargo, idénticos. Es el papel positivo de los estereotipos en el mundo gay: instancias formales de comparación continua, espejos de refracción del yo; quizá sea este el secreto de su eficacia, la razón de su (hiper)realidad.

El tipo ideal gay es un efecto consecuente de la identidad pero de manera paradójica, pues se ha multiplicado. De hecho, la liberación trae consigo una proliferación de tipos ideales, destruye la exclusividad del tipo feminoide y al tiempo que lo potencia, lo niega, construyendo tipos intermedios o francamente contrarios. Desde la liberación encontramos la convivencia a menudo problemática —por las ambiciones de exclusividad y propiedad de la “verdadera” identidad gay— de varios estereotipos, desde las locas desaforadas y sus parientes travestis, hasta los machines y aun aquellos tráfugos heterosexuales de delicada presentación. Ya no existe “el” estereotipo homosexual, como en los sesenta y en las portadas de *Alarma*, sino los tipos homosexuales, cada vez más reconocidos por el amplio público, cada vez más aceptados, para su desconcierto, por la opinión pública y los medios de comunicación.

La conformación de los tipos ideales revela un proceso múltiple en el cual los atributos de los géneros y su configuración semiótica, se ven acompañados de preferencias sexuales, roles sociales, ocupaciones laborales, espacios de diversión y de ligue. En la actualidad



ya no son sólo los gestos y las actitudes lo que ubica al tipo homosexual, sino el conjunto de definiciones que el individuo concreto ha alcanzado en la salida del clóset, o sea, en el proceso de conformación de su identidad sexual. Por eso, a la vez que la liberación multiplica los tipos sexuales, crea un arsenal mítico para conformar identidades.

La identidad requiere de los estereotipos para formarse en un proceso que garantiza tanto la pertenencia a un grupo (el efecto gregario) y la particularidad del sujeto (la selección de elementos de varios tipos diferenciados). ¿Por qué lamentarse, entonces, de los estereotipos si son a la vez los realizadores de la identidad sexual del individuo y la garantía de la riqueza diferenciada del mundo gay?<sup>19</sup>

## Paradojas del inútil yo

LOS GAYS, los identificados, apuestan a irradiar los procesos de afirmación y conformación a todos los sujetos que sostienen o han sostenido relaciones homosexuales. Son los empeños de la identidad por homogeneizar a los individuos, la terca repetición del reconocimiento del yo a partir del contacto sexual. Lo hemos oído muchas veces: basta un encuentro homoerótico para definir la sexua-

---

<sup>19</sup> A final de cuentas el estereotipo no existe, es de un orden superior a la realidad, es hiper-real, más real que lo real, y ese no es el espacio de los individuos y las identidades, sino de los objetos y las apariencias.

lidad, y de ahí la identidad, aceptada o negada por el individuo. Es el triunfo del código sexual.

La liberación se pretende una ruptura, un acontecimiento fundamental que permite comprender, ¡por fin!, un pasado ruinoso. La liberación redime la historia y ordena, al mismo tiempo, una reconstrucción canónica del pasado. La época represiva ha obliterado la razón sexual, ha coartado su despliegue social, por eso, estrictamente, no conoce al sexo. Sólo la liberación lo produce. La liberación funda el código del sexo. Un nuevo criterio de definición personal, un nuevo elemento para la comprensión de sí mismo.

En cuanto código, el sexo es una fuerza normalizadora. La identidad sexual del sujeto combina las fuerzas centrífugas y centrípetas. Parte el espacio social en grupos de individuos homogéneos y auto-reconocidos. La liberación homosexual es el triunfo del código sexual. La identidad confirma el código en su máxima expresión —la preferencia sexual— y al hacerlo, lo vuelve totalitario. Después de la liberación, los sujetos son forzados a definirse por sus encuentros eróticos. La identidad, incluso, se concibe como inmanencia. Puede haber identidades no aceptadas, o soslayadas, o no reconocidas para los militantes de la liberación. El sexo, o la compañía sexual, se pretende la fuerza centrípeta de constitución de la identidad; pasa a orbitar la vida entera del sujeto. Se opera, en el extremo, una reducción: todo contacto homoerótico se da entre sujetos homosexuales, aun cuando no se reconozcan como tales. La liberación, entonces, se vuelve totalitaria.

Y, sin embargo, la identidad es imposible. No sólo por la evidencia en sociedades como la nuestra, donde la norma es muy laxa y permite contactos sexuales que no acarrear consigo los procesos de identificación, sino también porque compete con otros códigos, a veces, más poderosos: clase, raza, hábitos, género, etnia. La multiplicidad de identidades, característica de la modernidad tardía, genera un individuo paradójico, en el que coexisten tantos sub-individuos como liberaciones se hayan emprendido y reconocido. A final de cuentas la multiplicidad de identidades deviene, como el hombre de Musil, sujeto sin atributos.

El triunfo social de la identidad es realmente imposible, pero imaginariamente constituye el horizonte subjetivo de los gays. Apostaron todo a la identidad y construyeron espacios sociales específicos —los *ghettos*— desde los cuales pensaron invadir el espacio social. Las comunidades gays fueron el modelo del mundo social consecuente con la identidad; sin embargo, la realidad es que ni todos los que sostienen relaciones o prácticas homoeróticas son o quieren ser gays, ni todos los homosexuales sostienen procesos de identificación. Progresivamente se diferenciaron las experiencias: entre los que aceptaron la identidad y constituyeron un mundo a partir de ella; los que la reconocieron de manera pasajera y los que nunca apostaron a las comunidades o *ghettos* gays. Por eso, quizás, aun en el espectro de las prácticas y las batallas cotidianas, el triunfo del código gay es limitado, prácticamente imposible.

A partir de la liberación, el espacio gay se ha vuelto un desierto, un horizonte turbio donde lo real y lo imaginario se confunden;

donde a la imposibilidad real de la homogeneidad intersubjetiva, se agrega la posibilidad imaginaria de un grupo social circunscrito por la identidad, con una amplia gama de existencias y comportamientos individuales.

## Aproximaciones al posgay

LA LIBERACIÓN realiza la ambición de la identidad, pero a costa de las paradojas de la interioridad moderna. Una interioridad múltiple y fragmentada, pero también evanescente. Apenas surge cuando desaparece. Apenas intenta moldearse cuando los movimientos liberadores la arrastran más allá de sí misma. Más allá del yo, en un maremagno de presencias insustanciales: en la masa erotizada de los encuentros furtivos, de los contactos fugaces.

La identidad es imposible. El compromiso del yo con una sexualidad definida amenaza romperse en mil añicos cuando demanda nuevas experiencias. La liberación sexual, que crea la identidad, también la disuelve incesantemente en el movimiento irrefrenable de nuevas conquistas, de nuevos placeres. El sexo en grupo, el sexo callejero, el sexo peligroso, el sexo instantáneo, el sexo sin parejas, el sexo sin sexo, el sexo múltiple, el sexo con aditamentos, el sexo simulado, el sexo con objetos, el sexo con muñecos, el sexo... se trasciende a sí mismo, al yo sexual y a las comunidades que pretende establecer.

Un sexo perverso y polimorfo, como realización de la ambición freudiana; un sexo promiscuo y en movimiento ya no necesita una

identidad sobre la cual fundarse, le estorba; como tampoco necesita un sujeto que lo encarne —el gay—, ni un motivo que lo guíe —el deseo—, pronto adquirirá un movimiento propio, alucinante. Un movimiento que lanza al sujeto más allá de sí mismo: a perderse en una danza loca sin referencia alguna, ni siquiera la del sexo: el ligue.

El gay es el homosexual que ha desarrollado la conciencia subjetiva de su particularidad sexual, y que ha conformado un núcleo comunitario a partir de la identidad. El posgay es el individuo que arrastra la identidad en jirones —como un viejo vestido que no le cubre nada—, ansioso de enfrentar otras posibilidades eróticas, más preocupadas por el juego estético y el movimiento afebrado, que por la reivindicación política de una identidad negada.

## LIGUE O EL FELIZ ENCUENTRO DE LOS OBJETOS

*Se libera de sí mismo y respira aliviado.  
No quiere saber nunca más de sí.*  
Elías Canetti

### Hastío

EL DUELO de los signos, las señales enfrentadas y ambivalentes, vacías de sentido, cargadas de interrogación y de deseo: son el ligue gay: la nostalgia de la seducción. ¿Será o no será? ¿Querrá o no? Las expectativas silenciosas alteran el tiempo fatal de la pregunta, que a menudo se prorroga o se evita para retener la sensación del momento alucinado, del contacto interrumpido. Impulsados por el goce imaginario de la carne y la deliciosa cadencia sincopada del peligro social y la represión policiaca, los gays se lanzan al vacío superficial de los bares y las discos, a los espacios cerrados y densísimos de los cuartos de vapor, o a la masa compacta e indiferente de las pistas de baile.

Los acercamientos tímidos, las invitaciones suspendidas (¡un “vamos” nunca dicho!), las solidaridades apenas intuidas en el hori-

zonte nebuloso y enrarecido de los *ghettos*. La emoción del ligue, el no saber y no ver nada: sólo vislumbrar el oscuro objeto del deseo. La reiterada visita a los lugares de peligro, el desafío constante al poder y el disfrute de la represión; los contactos; la transparencia buscada y la obscenidad consecuente: el viaje de los gays en la pos-liberación, el destino inmanente hacia la orgía, la saturación y la fascinación fría de la pantalla social. Un tiempo ahíto, cansado de remembranzas volátiles y esperanzas fútiles. Después de todo, incluso del hastío y la hipervelocidad —esa otra forma de la desaparición—, ¿qué queda por hacer?

### La represión fascinante

LA LIBERACIÓN es la táctica política para despojar al sexo del poder; el ligue es la táctica transpolítica para convivir con el poder. El ligue no persigue eliminar al poder, no propone expulsarlo del sexo; el ligue enfrenta al poder de manera diferente: lo desafía, lo reta, lo goza. Juega a seducir al poder, a disfrutar con la represión. Reta al poder a serlo radicalmente, desafía a la represión integrándola en el juego, haciéndola partícipe del goce. El ligue provoca al poder, no lo elimina —ni pretende hacerlo—: lo disuelve, lo convierte en uno de los obstáculos placenteros y emocionantes de su práctica. No lo expulsa ni pretende expurgarlo: lo seduce.

La liberación es la táctica política para producir la verdad del sexo; el ligue es una táctica para seducir al poder. Más allá de la

liberación, más allá de la política, la apuesta del ligue es la seducción, el momento simbólico del triunfo sobre el poder, y el gozo mil veces reiterado de la batalla.

La seducción es el otro arte de enfrentamiento al poder, una forma engañosa, de mil sutilezas, que encuentra su volátil ejercicio fuera del código político, indiferente al principio de realidad que exige implantar nuevas formas políticas.<sup>20</sup> Si el poder demanda la crítica y la batalla liberadora para continuar con su pretensión de realidad, el ligue es la apuesta para desafiarlo a existir de manera plena, a callar definitivamente las voces homosexuales o a intimidar la busca del contacto. ¿Disfrutar el poder? ¿Gozar la represión? Fórmulas paradójicas, aberraciones políticas, sin duda, pero no en el sentido de una sexualidad masoquista ni del fascismo —régimen fascinado con la represión y la sexualidad—, sino en el sentido apolítico, en ese juego extraño<sup>21</sup> de negarse a reformar el poder, de no afirmar nada: sólo los breves instantes del desafío, de no luchar por nada, de evadirse, de eludir el poder y retarlo a existir, de evidenciar su incapacidad: de ponerlo en ridículo. ¿Cuánto poder se necesita para impedir el ligue? ¿Qué poder será capaz? ¿Qué sería del ligue

---

<sup>20</sup> El destino de toda lucha por o contra el poder es cambiar, como decía Lyotard, la posición de los términos, más no los términos de la posición. La lucha política siempre se pretende fundacional, persigue instaurar un nuevo orden social. El ligue no: aspira sólo a un breve momento, desaparece para reaparecer súbitamente en otra parte.

<sup>21</sup> Por lo tanto perverso, fuera de la normalidad política.



sin la represión? Una mera actividad regulada por el deseo y el sexo; mientras que el peligro encierra más interrogantes, genera más intencionalidades que el mismo sexo. Sin duda el sexo es un premio, pero la emoción no está ahí, sino antes: en el juego, en las burlas y apuestas, en las asechanzas y las tácticas: en el ligue.

Decía Barthes, en un ensayo famoso, que en Occidente el sexo está en todas partes. Es cierto, por eso, quizá, los gays han descubierto el gozo de la represión para dotar al sexo de un misterio que él mismo ya no tiene. Este goce perverso de la represión, esta sensación inasible de triunfar sobre el peligro, se sitúa en los márgenes del poder, en los márgenes del Estado y de la sociedad. Pertenece al submundo irracional, permanece todavía en las zonas irreductibles a lo social. Es quizá parte del secreto no humano, no moral que resiste a socializarse. Si la relación social ha invadido literalmente todos los aspectos de la vida humana, si lo social ha humanizado al hombre, el ligue es una reacción contra lo social, contra la institución de lo social. Nada más alejado del saber o del poder que el ligue, porque no establece una relación, sino un contacto, y la relación se da entre iguales, entre sujetos identificados, mientras que el contacto es sólo una chispa, una breve luz incandescente, sin duración y sin forma: un momento, nada más.

Más allá de la liberación, pero también más allá de la política, el ligue permanece en la zona inmoral de lo inaprehensible, de lo insondable: es un resto no social, no político, ¿la esperanza de lo inhumano?

## El éxtasis del vacío

EL LIGUE GAY se desenvuelve en un juego regulado externamente por la represión e internamente por la ambición del placer. El ligue es un sistema táctico, un conjunto de signos codificados por la identidad y ubicados estratégicamente en la liberación. Se desenvuelve como un juego, un juego de signos enfrentados, de pujas y contrapujas, de apuestas que la seducción ordena y clasifica. El llamado de los cuerpos, las miradas intensas, la moda, los gestos desafiantes, son lazos de unión de individuos distanciados, y atraídos en el juego del placer.

Ligar es una expresión perfecta, es unir, vincular, relacionar objetos distantes, personajes distintos que buscan intermitentemente lo mismo: el placer del juego, o el juego del placer. En el ligue lo que seduce es el juego, el roce de los signos en el espacio de la represión, pues muy frecuentemente las jugadas exitosas no se realizan, es decir, sólo marcan puntos de contacto lingüístico o simbólico, no trascienden al plano del sexo, pero sí de la sensualidad. Porque el ligue es, más que nada, un juego sensual que, eventualmente, se vuelve sexual. El éxito del ligue se da en el contacto, en la relación establecida, no en el sexo consumado. Pero, ¿hasta qué punto es una relación? La relación es comunicativa, intersubjetiva; la seducción del contacto, del mero roce de los sentidos, vincula con objetos distantes y en un instante realiza la conexión, pero no establece la comunicación. En el ligue, la seducción es el flujo que mueve a los objetos distanciados y los impulsa a conectarse instantáneamente.

Una vez hecho el contacto, o una vez alcanzado el orgasmo, la realización se vuelve insoportable y los objetos se separan definitivamente, para buscar, entonces, otro flashazo, otra chispa liberadora, otra incandescencia.

El ligue es el contacto de objetos deseantes. La transmutación de sujetos de deseo en objetos de placer. No es la relación de sujetos que buscan comunicarse para establecer relaciones equivalentes mediadas por el sexo —de estatuto similar al de los sujetos deseantes del mercado, que a través del intercambio de productos satisfacen necesidades inmanentes—. El sexo es un intercambio de equivalentes, ese es el estatuto crítico de la liberación: el mercado del placer, con intercambios regulados de orgasmos;<sup>22</sup> el ligue, por el contrario, al evadir la dimensión de la política, pero también al realizarla, desestructura la lógica del intercambio de equivalentes y genera una lógica perversa de realización del placer. La circulación sexual, propia del intercambio orgásmico, se pone a danzar —como decía Marx de la mercancía—, y potencia su movimiento hasta despojarlo de referencias simbólicas y sensuales. Se vuelve una forma pura del movimiento sexual, una forma extática del deseo. Incluso el sexo,

---

<sup>22</sup> Las analogías entre el sexo y la mercancía no son casuales, pertenecen al mismo estatuto crítico de la modernidad capitalista: el intercambio de equivalentes. Sólo que en uno el dinero es el nexos social y en el otro es el orgasmo. El intercambio de equivalentes es el modelo de socialidad burguesa, da lo mismo que su esfera sea la producción o el placer. Ya lo había dicho Baudrillard: “el sexo es una metáfora psíquica del capital.”

en cuanto síntesis del gusto, el placer y la mirada, desaparece de su horizonte. Es el puro movimiento de rotación y traslación de los cuerpos y los deseos lo que seduce. Es la forma máxima de la seducción, la forma pura del deseo, despojada de referentes y significados: la cinemática del placer.

El ligue impulsa la circulación del sexo hasta deshacerse de él y continuar el movimiento afebrado de los contactos: la danza perpetua del intercambio: el encuentro virtual de los objetos del deseo.

El modelo de circulación del sexo, creado por la política de la liberación sexual, potenció en el ligue su dinámica reproductiva hasta transmutar a los sujetos del intercambio orgásmico en objetos puros del movimiento del deseo. La forma seductora del intercambio pervierte sus propósitos normativos y los sustituye con formas vacías de interconexión, con el modelo virtual del intercambio: éxtasis del movimiento, éxtasis del vacío.<sup>23</sup>

En el ligue, el contacto es virtual —como el de las partículas elementales en el vacío cuántico—. Una vez establecido el contacto, una vez conseguido el gozo del triunfo sobre la represión y el de-

---

<sup>23</sup> El éxtasis es la ruptura del movimiento trascendente, del movimiento con propósitos, y la entrada en la aceleración pura en el movimiento in-trascendente, sin más propósitos que él mismo. El éxtasis sexual, por consiguiente, es el punto de inflexión en que el movimiento hacia el sexo se acelera hasta convertirse en movimiento despojado de trascendencia —amorosa, por ejemplo—, y que progresivamente se despoja del mismo sexo para devenir movimiento puro, sin sujetos ni propósitos: sin referentes ni significados.

seo, la presencia es inútil y desaparece en busca de otro momento vivificante. El ligue es el espacio cuántico de la seducción, el vacío primordial de las partículas virtuales del deseo, que aparecen y desaparecen en el instante de la seducción. Presencias cargadas de ausencia: un devenir incierto y táctil, un flujo eterno.

La potenciación liberadora ha transformado a los sujetos de deseo en objetos sexuales, y a las relaciones sexuales en contactos virtuales. El ligue no es una relación sexual, es el contacto de objetos seductores. Más allá de la liberación, el contacto es la forma hipermoderna de la relación social. La chispa del deseo ha sustituido el flujo erótico. La seducción es entre objetos y en ella el amor, que se da entre sujetos iguales, ya no existe. Hay que ocultar lo evidente: el amor ya no existe —si ha existido alguna vez—, pero se requiere de su imaginario para cargar con cierta dosis de misterio a lo que de suyo es transparente: el contacto. Más allá del contacto virtual, la hipermovilidad sexual del ligue siente nostalgia del amor y utiliza su aura mítica para dotar de misterios y secretos —aun fingidos— a la transparencia del contacto y la obscena realidad de sus propósitos. Misterios y secretos que vuelvan soportable el vacío del sexo objetual, la desaparición irreversible del sujeto y de las relaciones sexuales. Es el tiempo del sexo sin sujetos, del placer descarnado de los cuerpos-mercancías.

## El sexo descarnado

SIN PROPÓSITOS TRASCENDENTES, sin la utopía del amor, atrapados en la vorágine del movimiento puro, en el éxtasis del ligue, los sujetos se transforman progresivamente en objetos de placer, en cuerpos-mercancías despojados de valor.

En el modelo orgásmico del intercambio los sujetos aún podían tasar el placer en el mercado sexual, pero en el modelo puro del intercambio —en el contacto—, el valor de uso del cuerpo y el valor de cambio del placer han desaparecido en provecho de la aceleración y del movimiento perpetuos.

El contacto sexual, cuando ha resultado del ligue, es sólo un subproducto, casi un accidente, un trámite que hay que pasar lo más rápido posible para continuar la búsqueda perenne de otros contactos, de otros momentos irrepitibles. La realización del sexo es insoportable, el orgasmo una inutilidad o una molestia; se pierde tiempo y energía y, además, el momento posterior es insufrible: hay que irse rápido, desaparecer. Después del orgasmo, los objetos se distancian. El sentido de su vinculación es inútil, se ha traspasado lo desconocido y no se ha encontrado nada. El sexo conseguido en el ligue es dominio del vacío, el orgasmo una súbita aproximación a la nada, y su realización la certeza del horror. Pánico del vacío: huida tras el sexo.

El ligue es la espiral de la in-trascendencia, el refugio hipermoderno de la vinculación sexual y la retirada del sexo, o mejor, la desaparición del sexo en el contacto. Hay que evitar el horror del

vacío, por eso se persigue incesantemente el contacto y no la relación; por ello el sexo se da entre objetos, y no entre sujetos.

El alma ha desaparecido en la intrascendencia pero también el cuerpo ha desaparecido en el sexo. En el ligue no es la atracción de la carne lo que seduce sino la invitación del reto simbólico, la aventura del contacto entre objetos distanciados. El sexo se ha descarnado, el placer no se encuentra en el cuerpo sino en el reto, en el desafío de la conexión, en la chanza del peligro. El placer del sexo, el gusto de los cuerpos y el sentido de la carne, han sido eliminados en el ligue. Una lúdica, en vez de una erótica, gay.

## Después de la mirada, obscenidad y orgía

RETO SIMBÓLICO, JUEGO DE APARIENCIAS, el ligue se desenvuelve en el frágil espacio de las superficies. La envoltura, el camuflaje, la moda, los accesorios y, por encima de todo, la arquitectura corporal, forman el señuelo perfecto en la caza de los signos.

Simulacro de la comunicación, el ligue apela a la mirada para fijar el objetivo, y sólo entonces despliega las tácticas del contacto. La mirada es el sentido primordial del ligue. Mirada para localizar el punto deseado; mirada para indagar las cualidades del otro; mirada persuasiva en la invitación. La mirada es el arma de la seducción, arma de búsqueda, de inspección y de invitación: arma inquietante, señal ambigua y definitiva. La mirada de los gays: “ojos

que da pánico soñar”, el verso con que tituló José Joaquín Blanco su temprano ensayo sobre la cuestión gay en México.

Miradas dulces, miradas aturcidas, miradas de invitación y de rechazo, miradas de interrogación y de deseo, miradas de admiración y de burla; el arsenal de señales visuales es múltiple y responde a los imperativos del momento y la situación. Con la mirada se resuelven o se crean los antagonismos y las rivalidades, los acercamientos y las distancias; con la mirada se establecen o se impiden los contactos. El horizonte visual es el espacio inmediato de las apariencias, el espacio delimitado del juego.

El ligue, o el flashazo del deseo, es un intercambio visual; en este momento se realizan o se niegan los acercamientos, posteriormente pueden —y deben— involucrarse otros sentidos. Conforme el contacto se pretende más estrecho y se dirige hacia el sexo, se involucran el olfato, el gusto, el tacto, el oído, y es posible, en algunos encuentros afortunados, descubrir sensaciones inesperadas. Pero eso es aleatorio, la mirada es el acceso primordial del contacto, y, muchas veces, el único vínculo permitido.

Arte de apariencias, el ligue regula el intercambio de miradas de los objetos de placer. Un ritual determinado por la zonas de actividad y codificado estrictamente por una serie de signos de duración variable y observancia precisa. Signos colocados en el cuerpo (ropa, accesorios, colores), o signos producidos por el mismo cuerpo (gestos, actitudes, comportamientos); signos propios del lugar (graffitis), o signos propios de la situación (bailes, transportes, baños). Los códigos son conocidos por todos, cada vez más. Ya no hay inicia-



dos, ya no hay secretos. Son signos del dominio público. Los participantes, observadores ocasionales, amigos, familiares, vecinos o acompañantes conocen el dispositivo simbólico del ligue, y a menudo incluso lo utilizan en sus propios acercamientos, pues si bien el ligue gay es particular, es sólo una modalidad del ligue, de esa práctica posliberadora, de ese esquema general de conexión de los individuos en el mundo posmoderno.

El código del ligue gay es antes que nada un código visual, donde la mirada ordena, descifra y produce las señales del contacto. Por eso, quizá, el destino de un mundo conectado por el ligue es la transparencia, la decodificación ritual en el horizonte de las apariencias puras. La mirada inicia el contacto que vuelve transparente al mundo, que lo vuelve completamente visible: obsceno.

La obscenidad es el destino de un mundo de apariencias. Conforme avanza la liberación, todo se vuelve más visible. Los códigos se hacen más transparentes y progresivamente la mirada desaparece de la escena (quizá también desaparezca la escena, pues qué efecto de perspectiva existe en la libre movilidad de los acercamientos, en la indiscriminada rotación de los contactos: en la pantalla digitalizada del ligue).

Las zonas de contacto generan una luz insoportable. La visibilidad es tan completa que impide ver: ciega. Con la liberación y la constitución de zonas toleradas —bares, discos, cines—, el duelo de los signos se transforma en un ritual de la transparencia, de la obscenidad. ¿Qué intercambio visual es posible en unos baños donde ya no hay nada que ocultar, donde la ostentación tiene que acudir al

truco de la turbiedad del vapor para otorgarle a la mirada el placer fugaz del misterio?, o ¿en las fiestas gays, donde todos lo son y todos conocen las señales?

La transparencia radical convierte a los signos en excrescencia de la representación. Los vuelve redundantes en el universo finito de las superficies. La obscenidad circunscribe al mundo, cierra el horizonte visual en círculos identificados: los *ghettos*. El ligue deviene un acontecimiento banal en un cosmos obsceno. El ligue produce la obscenidad y el sinsentido del sexo en un espacio cerrado pero translúcido. Transparencia y límite (¡la pantalla!, ¡el monitor!) son las coordenadas del espacio-tiempo del ligue.

Después de la mirada la obscenidad y, con ella, la orgía, el cúmulo inevitable de contactos digitales en las pantallas de lo social y de lo sexual. La orgía es el paso consecuente de la obscenidad. Cuando todo se ha visto y todos conocen los signos, sólo la indiferencia del placer o la potenciación indiscriminada del contacto, pueden realizar —y abolir por saturación— el encanto de una mirada que en otro momento fue el arma privilegiada de la seducción.

Hoy —ya cansada de tanto mirar sin tener nada que ver—, la mirada se retira y el ligue siente nostalgia de la seducción, por eso se refugia en los falsos misterios del vapor, del humo y de la masa; en la orgía: la seducción fría de los objetos sexuales —fantasmas en el monitor policromático de lo social—, la fascinación de los contactos descarnados, la espiral in-trascendente del sexo.

## El *look*, la identidad superficial

LA LIBERACIÓN abrió una hendidura en el mundo, un hueco que dejaba ver el sexo palpitante de lo social, un pozo infinito de atracciones múltiples y de potencias indiscriminadas. La liberación rasgó lo social para insertar al sexo en su tejido. Pero la liberación también selló la interioridad del sujeto en la aceptación de una identidad sexual. Apertura del mundo —o, si se quiere, ampliación de sus redes— y cerrazón del sujeto son las dos grandes consecuencias de la liberación homosexual. Sin embargo, el ligue gay escapa de las determinaciones objetivas y subjetivas de la política liberadora, pues apuesta a la libre movilidad, al movimiento puro de los participantes, que dejan de ser aquellos sujetos trascendentes de vocación emancipadora para convertirse en objetos del placer indiscriminado, en partículas virtuales de la seducción homosexual.

En el modelo puro del intercambio la identidad es inútil, un estorbo, o un accesorio, nada más. La identidad es redundante, no sólo por las razones formales de un modelo que ha expulsado a los sujetos de su movimiento, sino también por las características reales del contacto digital. Sin duda, en la conexión digitalizada, como lo mostramos más arriba, la mirada es el vínculo inmediato, el lazo inasible de las superficies.

El contacto virtual es un contacto visual, un deslumbramiento producido por el *look*: el estremecimiento de las apariencias.

El *look* es la síntesis superficial, el holograma del objeto sexual en la danza del intercambio puro. El *look* no consiste sólo en la

apariencia del participante, es también el contenido de sus acciones y el continente de sus potencias. Una síntesis de tercer orden: una síntesis apariencial, la única posible para un modelo de socialización que ha trascendido la relación social y los sujetos. Es sólo en el espacio de las apariencias, en un mundo que ha devenido superficial —pues la esencia, por fin, ha salido a relucir, por falsa o por lo que sea, lo mismo da—, que el *look* ha sustituido a la identidad, o, mejor, que la sencilla apariencia momentánea es el contenido de la única presencia viable.

La apariencia del objeto sexual es su único contenido posible. Al fin, el modelo digital del intercambio ha realizado la utopía emancipadora de reconciliar esencias y apariencias. El *look* es la esencia superficial, o la apariencia esencial de los participantes del lígüe. ¡La mirada lo ha conseguido todo, incluso nuestra más bella utopía! Aunque, claro está, a costa de sí misma, pues después de la mirada, la transparencia y la orgía encontrarán solamente fantasmas intermitentes en la pantalla social, *looks* desesperados por encontrar una mirada fiel que los vea rendirse en la luz espectacular del contacto azaroso.

Después de la liberación, el lígüe aceleró superlumínicamente los contactos; la mirada dejó de tener sentido en la transparencia y en la orgía, del mismo modo que aquella identidad tan penosamente forjada dejó de tener sentido cuando los contactos se aceleraron. ¿A quién le importa quién es el otro si el único vínculo es la mirada de un objeto sexual muy volátil? El *look* es el horizonte subjetivo del lígüe, o, más bien, el rastro legible de su presencia virtual.

¿Qué identidad, entonces, se ha creado, de qué sirve? En el ligue ya no se pregunta quiénes somos, sino cómo nos vemos.

La liberación estimuló la identidad, el ligue la volvió inútil.

## **Prótesis y profilaxis, la nueva moral sexual**

EL MODELO TEÓRICO DEL LIGUE ya no puede ser el de la socialidad orgásmica, basado en las relaciones equivalenciales del sexo. La liberación lo cambió. En sentido estricto, el ligue es la transmutación del modelo social del sexo por el modelo digital asexuado, de la relación social por el contacto virtual. El ligue es la característica de la posliberación, un tiempo polisaturado, el tiempo después de la obscenidad y de la orgía. Un momento en que se han realizado nuestras fantasías políticas y sexuales. De manera sorprendente, quizá indeseable, pero el ligue gay se ha desembarazado del poder, del principio de realidad, de las normas y prescripciones morales, de la política y de toda esa preocupación humana de la libertad. Ha cruzado, o eludido, o integrado, o disuelto, las relaciones sociales y su carga del sentido; se ha vuelto una forma virtual de existencia de los participantes.

Sin embargo, esta bella utopía inesperada ha descubierto otra señal de advertencia, un acontecimiento aterrador: el sida. El peligro que hoy enfrenta el ligue ya no procede del poder, sino de sí mismo, de su virtualidad. El sida es el peligro inmanente del ligue, el desafío de la muerte a la danza loca del contacto. El ligue se

desconcierta. De pronto, la despreocupada rotación de los objetos, que ha vencido prácticamente a la represión y al poder, encara una provocación inesperada, un enemigo que no apela a las interdicciones de la norma, que desafía seductoramente, invitando a introducir en la dinámica del contacto una suerte maldita, un microorganismo capaz de alterar los frágiles equilibrios inmunológicos y llevar a la muerte por agotamiento radical. La muerte, fórmula extrema de la seducción, es la invitación final del sida.

El poder no era problema, después de todo podía integrarse, pero el virus del sida apela al movimiento del ligue para llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Desafío radical, reto a muerte, el sida cuestiona al ligue en su propia naturaleza: ¿cómo seguir ligando si se arriesga la propia vida?, ¿cómo continuar un contacto indiscriminado que puede llevar a la muerte?, ¿cómo continuar con el ligue en los tiempos del sida? Después del desconcierto inicial, el ligue ha incorporado al sida como un obstáculo más en su movimiento. Radicalmente distinto del poder, al que podía seducir por el desafío, el sida es una invitación mortal del azar.

Hay una especie de fascinación inmanente al peligro en amplias zonas del ligue gay; ningún discurso preventivo alcanza a decodificarse cuando los objetos se contactan desafiando al poder. En cines, baños o terrenos baldíos, el contacto sexual es tan rápido y hay tantos imponderables a considerar que el peligro adicional de un virus se pasa por alto, lo que importa es la celeridad del contacto.

En el ligue gay se juega con el peligro: al poder represivo se le responde con la burla de su omnipotencia imposible, al sida con la

*chance* maldita de la muerte. La seducción es el arma privilegiada frente al poder, pero frente al sida no queda ninguna otra oportunidad más que aceptar la radicalidad de sus propósitos: la muerte. Después de todo, ¿qué podrá ser más seductor que lo que se encuentra del otro lado? ¿No es acaso la muerte la figura exótica de la seducción? Por el sida, el ligue sufre una suerte de redoblamiento perverso de la seducción: la seducción que se seduce a sí misma para ser arrojada del mundo. Sin embargo, muy freudianamente, el principio de realidad ha regresado para ofrecer una alternativa vital: el sexo seguro, los cuidados de la carne y la profilaxis.

La fiesta de la liberación expuso la carne y sus deseos al desenfreno libidinal; la borrachera del ligue expulsó al sexo de la carne; la cruda del sida pretende recuperar al sexo estableciendo un catálogo de actividades permitidas y artefactos profilácticos.

El sida intenta regresarnos al sexo. Pero a un sexo regulado, catalogado —no por los mecanismos de la norma o de la ley, sino por las prescripciones asépticas de la medicina preventiva. La moral y la policía han sido expulsadas del sexo en la liberación, pero en la posliberación, el sida ha traído a la profilaxis como nueva instancia de categorización. Una instancia amoral, inhumana, pero eficaz, al sostener tanto la viabilidad del contacto, como la seguridad en el riesgo.

El condón es la figura máxima de la nueva moral sexual. Una nueva prótesis, una segunda piel más protectora, un adminículo de protección razonable para continuar la dinámica sin fin del sexo ligado. Pero si el condón minimiza más aún el placer de la carne,

asegura la continuación del ligue reforzando también la inhumanidad del sexo. Si el ligue descarna cada vez más el placer, el sida recompone la carnalidad por vía de la seguridad de la prótesis. Hay una suerte de recomposición biónica del placer sexual.

El condón recupera, por vía de la seguridad y la protección, una intención sexual de la carne que el contacto indiscriminado amenazaba extinguir. En los tiempos del sida, el sexo ha reencarnado por una piel agregada, por una piel de látex. ¡Ya no nos lamentaremos del sexo descarnado, del sexo sin la fiesta, del sexo sin placer, ahora tenemos toda una nueva serie de adminículos para volver al sexo responsable, al sexo cuidadoso; el condón y los espermaticidas lo garantizan!

El nuevo sexo, el de la profilaxis, es el sexo de la vida razonable, la única posible en tiempos del sida. Sin embargo, esta rehumanización del sexo que el condón ha ocasionado, es también una transmecanización de la sexualidad humana. Un nuevo catálogo de prescripciones dirigidas por la prevención de accidentes y la garantía del óptimo sexual. El sexo seguro es el sexo ordenado, clasificado; el sexo del folleto.

En tiempos del sida, los objetos sexuales alteran su morfogénesis y su funcionamiento para readecuarse a los imperativos de la profilaxis. El condón y el sexo seguro son una nueva objetivación del hombre, una segunda piel que protege del virus: una prótesis sexual. Marx decía que el capital, en sus crisis, necesitaba cada vez más "muletas" que garantizaran su desarrollo; el sida, momento crítico del ligue, demanda otras prótesis para la sexualidad humana. De



ellas ya no se regresa: es otro el objeto sexuado después del sida, un objeto biónico, mezcla cada vez mayor de la tecnología y la naturaleza: un androide sexual. ¿Por qué no esperar que algún día la ingeniería genética nos provea de látex ya integrado a los genitales? En el futuro, las nuevas fantasías serán el recuerdo de nuestros sueños perdidos; alguien, sin duda, se preguntará: ¿alguna vez se acercaron los cuerpos desnudos? ¿Alguna vez existió una carne sin protección? ¿Cómo será el sexo sin condón?

## FIGURAS TRANSEXUALES

*Llegó el momento en que todo lo que él había sido se desmoronó. El estaba de pie a un lado y aplaudía.*

Eliás Canetti

### Abandono

CUANDO LA POLÍTICA se vuelve personal, cuando el ámbito privado del sujeto se convierte en arena de luchas contra el poder, el resultado es una nueva figura social y política, un guerrero de la cotidianidad que se descubre a sí mismo en la batalla contra el mundo. El gay es la figura consecuente de la liberación, el militante de la política homosexual. Sin embargo, la liberación se realizó hace mucho. La apuesta homosexual se ganó. Ya existen en la sociedad franjas homosexuales reconocidas y auto-asumidas; ser gay no tiene ya el estatuto heroico del principio de la emancipación. Ser homosexual es una banalidad, un posible atributo del individuo moderno, una característica menor del sujeto liberado.

La posliberación es el tiempo del ligue, del *ghetto*, de la nueva moral sexual, múltiple y profiláctica, del movimiento sexual irrefrenable,

del sujeto objetivado, del sexo in-trascendente y del contacto. En este nuevo espacio social, que encuentra en la pantalla y el monitor, en la digitalidad y la prótesis sus metáforas comprensivas, el gay es una figura *démodée*, una entidad nostálgica y profundamente ideológica: inadecuada para captar el nuevo horizonte transliberado.

El sujeto que trabajosamente construyó su identidad sexual en la política emancipadora, no es relevante en un universo donde la seducción ha desafiado gozosamente al poder, donde la comunicación intersubjetiva se pierde en el contacto fugaz del ligue, donde el sexo se vuelve un objetivo menor en la circulación global; en fin, donde el sujeto ha desaparecido en relaciones instantáneas: en el contacto virtual de los objetos sexuales.

Después de la liberación, las nuevas figuras sexuales no son los individuos que luchan contra el poder en nombre de una utopía diferente, sino aquellos que han integrado los procesos liberadores a una existencia meta/des/a/politizada. Una apuesta a la seducción más que al poder, una presencia más allá de los modelos sexuales y genéricos, una actividad febril, infatigable e intrascendente, una posición distante del sexo, o profundamente ligada a él —una nueva forma de la obsesión que parece más extática y mística que personal y política.

La liberación produjo las figuras sexuales. Después de la liberación, aparecen las formas transexuales y transpolíticas. Figuras apasionadas por el artificio y la otredad; por el intercambio y la indiferencia; por la confusión genérica y la perfección anatómica; por la circulación y la intrascendencia.

## Chichifos, el atractivo de la indiferencia

ES MUY TARDE YA, pero no ha perdido la seguridad de su presencia, ni la altivez de su mirada; si acaso, una sombra cruza sus ojos para instalarse en las ojeras incipientes. Es muy obstinado, da vueltas una y otra vez por las mismas calles, deteniéndose siempre en las mismas esquinas, para hablar siempre con las mismas personas.

Pasa mucho tiempo en esa zona, hasta que algún auto se detiene y lo levanta, como en una cita ya esperada. Desaparece y, con suerte, hará lo mismo una o varias veces más.

Es muy joven, pero no le importa ni la edad, ni la presencia de sus acompañantes. Ha aprendido a desconfiar de todos, o a confiar tanto que se permite solicitar pequeños préstamos. Sabe que lo quieren, pues de otro modo nunca esperaría recibir regalos o invitaciones. En realidad no sabe si trabaja o estudia, pues acompaña las dos cosas con las visitas a sus amigos, o a ese señor que mes con mes lo recibe el fin de semana en su casa de las Lomas.

Se viste como todos, *jeans* deslavados y chamarra de piel negra, en eso no se distingue de otros tantos que pueden encontrarse en cualquier lugar, pero lo hace distinto el tono lunar de su bronceado y esa mirada, entre melancólica y procaz, característica de la indiferencia. Ese es su mayor atractivo, su mayor poder... y ha aprendido a venderlo. Muy pronto descubrió el mercado y la práctica lo volvió un experto. Conoce bien los pormenores psicológicos del intercambio y las reglas secretas de las decisiones. Sabe estimularlas, a veces con promesas interminables, otras con atrevidas proposicio-

nes; pero mantiene siempre una distancia apenas perceptible bajo su evidente destreza profesional. Quizás ello sea su mayor encanto. Ese velo misterioso que encubre su conversación y su apariencia; esa indiferencia radical del deseo y del sexo que los otros tratan, inútilmente, de atrapar.

*Indiferencia y simulacro, atracción y alteridad; el chichifo es la promesa interminable de la pasión, la figura impostergradable de la novedad, el misterio inalcanzable de la indiferencia*

La atracción que ejerce el chichifo proviene no sólo de su presencia corporal sino de su distanciamiento libidinal y su eterna disposición. Gozar de un cuerpo admirable sin más voluntad que la expresada en un contrato, disponer de una cercanía carnal despojada de placer propio, sin el compromiso del goce mutuo o las desventajas emocionales de la pareja, es casi un acto sagrado. Un acto sagrado, porque es la realización unilateral del placer a través del sacrificio del placer del otro.

El chichifo es una víctima sacrificial, el chivo expiatorio del sexo —por supuesto, como todas las víctimas, un objeto de culto venerable y execrable; adorado y temido—. El chichifo retoma el estatuto sagrado de la prostitución dionisiaca: un distanciamiento radical del cuerpo y el placer personal en la entrega indistinta e indiferente a la colectividad; una entrega loca al placer ajeno que, a veces, toma

una forma salvaje y extermina a los otros. El chichifo es una víctima sexual codiciada y temida: mortal.<sup>24</sup>

El chichifo es un señuelo sexual inmejorable; siempre dispuesto, admirado y odiado; ajeno al placer que da, atento al movimiento y al intercambio. La figura *ad hoc* de la circulación sexual.

El chichifo sintetiza dos procesos básicos de la posliberación: el intercambio sexual y la desaparición del sexo o, si se prefiere, uno sólo: la banalidad absoluta del sexo. Los concreta de manera cínica: a través del dinero. Si en el ligue, el contacto sexual tomó la forma desenfadada de la circulación de mercancías, en el chichifo la circulación mercantil del sexo se personifica. Chichifear, en la forma pura de la prostitución, o mixtificada de la relación de pareja, es la compra-venta del cuerpo sexual, sin ambages y sin eufemismos. Intercambio mercantil simple: cuerpo por dinero. Monedas que realizan el valor de uso sexual del cuerpo: el placer unilateral del comprador. En el intercambio sexual pagado, el cliente se apropia del placer del otro, vuelve redundante a la pareja en la relación y realiza lo impensable: una relación de dos que sólo tiene significado para uno, para el cliente, pero que no sería posible sin la indiferencia cómplice del otro, del chichifo. La compra-venta es sexual, pero el intercambio es simbólico. Más que dinero por goce, se intercambia atracción por indiferencia. En el intercambio, el chichifo tasa su valor de acuerdo con las reglas del mercado y se comporta

---

<sup>24</sup> Para algunos es un verdugo virtual.

como cualquier sujeto de derecho, dotado de voluntad, libertad e igualdad; pero en la realización del valor de uso sexual de su cuerpo, se encuentra despojado de sus atributos como sujeto, tanto en sus aspectos formales –voluntad, libertad– como simbólicos. De sujeto actuante pasa a objeto dispuesto al placer del otro.

La realización del valor de uso de la mercancía sexual, implica la des-subjetivación del chichifo, su transformación voluntaria en objeto sexual. Precisamente en esta transmutación mercantil radica el misterio de la forma-chichifo: un sujeto despojado de sus atributos, del sentido y orientación en la relación sexual. La indiferencia del chichifo ante esta fuerza objetivante de su individualidad es la fuerza suprema del objeto, la atracción que ejerce sobre los otros. El cliente paga por la indiferencia, quiere suprimirla, eliminarla, subordinarla al sentido que le da su pulsión de sujeto sexual. La compra de la indiferencia sexual y sensual del chichifo, genera la ilusión del triunfo del sexo sobre el dinero. En un momento, el cliente atraído, triunfa sobre el vendedor anónimo de placer. ¡El dinero lo puede todo! Ha subyugado la indiferente alteridad de la mercancía sexual, se ha apoderado del cuerpo y el placer del otro. A fuerza de poder y de dinero ha sometido una indiferencia inmanejable, demasiado circunspecta para ser verdadera, demasiado evidente para ser soportable. Sin embargo, es un triunfo momentáneo, una victoria calculada, un simulacro perfecto: es la estrategia del chichifo: el placer insensible, gozo mordaz del no gozo, perversa relación sin placer: el atractivo de la indiferencia radical ante el sexo. La seducción del chichifo es la seducción que proviene de la alteridad más

profunda, de una alteridad inalcanzable, de una otredad irreductible por el amor, por el sexo o por el dinero. Un Otro misterioso: el Objeto sexual. La compra-venta sexual es el intento desesperado por atrapar y subyugar, aún sea por un instante, el misterio de la indiferencia, el secreto del Otro, el sigilo del Objeto. Más que sexual es simbólica, y más que real es imaginaria: un simulacro de la pasión encendida, de la disolución del Otro en la incandescencia del amor. El chichifo es el simulacro perfecto del amante rendido, de la pareja indispensable e indisputable; la coartada perfecta de la relación y el placer.

### **Travestis, la fascinación del artificio**

LA FIGURA ES IMPONENTE. Alta y muy rubia, camina con una cadencia demasiado perfecta para ser natural. Se diría que es una forma muy estudiada, muy adecuada para resaltar la cintura diminuta y el trasero inmejorable. Ella lo sabe. Camina muy segura del impacto de su llegada. Más de un asistente imagina senos turgentes y muslos poderosos. Más de uno siente el impulso de un piropo obsceno o una invitación lúbrica. Sus compañeras, muertas de envidia por ese minuto de fama ajena, comentan la desproporción de sus brazos, el vulgar vestido de lamé dorado, o el maquillaje excesivo que amenaza derretirse; pero ella sigue impávida y desafiante, gozando el efecto espectacular de su presencia. Lo había conseguido: ¡era la más bonita!



Toda la noche recordará ese minuto imborrable. Conservará la actitud lejana que da el éxito. Se arreglará la cara con el gesto tantas veces repetido frente al espejo, sacando una polvera muy minúscula para sus manos y esparciendo *Angel Face* discretamente sobre nariz y pómulos, con tanto oficio que no necesita mirar el resultado. Utilizará la misma mirada esquiva, siempre por encima de los demás, cuidando de no fijarse nunca en alguien. (¡Que la vean los otros!) Caminará igual las quince veces que acude al tocador y hará el mismo movimiento con la mano extendida, casi desmayada, al tomar las copas ofrecidas por el mesero, y pagadas con el sueldo de la semana. Se ha preparado tanto, que ella haría mejor a Paloma San Basilio —por su elegancia, claro—, a Thalía —su juventud, por supuesto— y también a Lupita D'Alessio (¡tiene más talento que ella!). Quizá ganaría más dinero, pero sobre todo, estaría todas las noches vestida, gozando el placer infinito de parecer mujer, ¡de ser Otra! ¿Por qué no?

*Alteridad y simulacro, paradoja y ritual; el travestismo es la exacerbación de la mimesis, una metamorfosis radical del signo: una estafa al género*

El travesti es una presencia paradójica; una forma simbólica mixtificada. Opera individualmente la transmutación voluntaria del sexo a través de la apropiación del código del género opuesto. El hombre que se viste, que aspira parecer mujer, recupera el arsenal

simbólico de lo femenino para generar una presencia alterada, una recomposición pervertida de su individualidad.<sup>25</sup>

El travesti es una figura virtualmente paródica, inocentemente irónica. Su presencia revela siempre el truco, descubre siempre los artilugios y el camuflaje: la medida de los zapatos, la anchura de los hombros, el vello descubierto, los sexos manifiestos. Nunca se recupera el misterio de lo femenino —es imposible—, sino la apariencia de la feminidad; sus signos, no sus secretos. En el extremo, los travestis son la feminidad *kitsch*, una parodia del eterno femenino.

El travesti es un apasionado de la otredad, un sujeto de identidades trashumantes. Aspira parecer mujer, no quiere serlo. La transmutación genérica es una operación simbólica, no quirúrgica. En el nivel de las apariencias, que es el espacio del travestismo, la distinción entre el ser y el parecer es inútil, ambos se confunden. Es precisamente el reto del travesti: confundir, sesgar, jugar con la fuerza del imaginario. El éxito de la jugada no es pasar desapercibido, como una mujer entre tantas, sino llamar la atención, convocar las miradas y atraer los sentidos: seducir. El travesti apuesta a la seducción, no a la verdad. Ni asegura ni certifica: hace dudar, confunde, ruboriza. La potencia ambigua del travesti radica en que apela al imaginario, en que trabaja con los signos y elabora modelos difusos: en que produce simulacros. El travesti es un artista de la simu-

---

<sup>25</sup> La perversión de la personalidad travesti refiere la desestructuración, la extrañeza del género en relación con el sexo individual; no tiene ninguna relevancia psicológica, sino estética.

lación, un artesano del simulacro. Elabora presencias difusas, figuras confusas y alteradas, llama a la indistinción radical de lo real y lo imaginario. En el momento supremo de la simulación, el travesti es un espectáculo, un sueño realizado: ser por un momento Otra, parecer mujer. Ese breve instante de confusión estética lo vale todo, incluso, el regreso a la realidad.

La creación de sus modelos es un complicado ritual de las apariencias, un rito de los signos. Aplicar colores, modelar formas, componer figuras, diseñar gestos, escoger imágenes. La paleta del travesti es tan amplia como la moda, la costumbre, el espectáculo y la imaginación dispongan. Pero siempre regula su obra con el toque de espectacularidad que amerita la ocasión. Una pincelada de más, un gesto adusto o demasiado subrayado pueden echar por tierra la representación. Nunca se es demasiado cuidadoso. Trabajadores pacientes de la máscara, los travestis conforman una hermandad del rigor simbólico. Son los tributarios de la apariencia, los más devotos servidores del camuflaje, del juego estético del placer. Y, sin embargo, el juego travesti no es el del sexo; su preocupación no es erótica, sino estética. Vestirse es una operación simbólica, acude al placer del artificio y de los signos, no del cuerpo ni los genitales. La ambición seductora del travesti se resuelve en el nivel de la confusión imaginaria, de la desestructuración semiótica de los géneros, no de la articulación libidinal de los cuerpos. El travesti no se viste para convocar al sexo, sino para confundirlo.

El travestismo está más allá del sexo, sortea su dictado y descubre un camino diferente: el placer de la alteridad, el gozo del simu-

lacro. Desafía la realidad del sexo y la disuelve en una indiferencia estética. Ni ética ni política: bella, simplemente bella.

## Dragas, el placer de la ironía

ESTABA FÚRICA, DESCONTROLADA. En un programa de entrevistas, a sus amigas les jugaron gacho. Les dijeron que iba a ser un show preparado, de altura, para dignificar a los hombres que se visten de mujer, por trabajo, gusto o profesión. No fue porque no le caía bien la entrevistadora, ¡una priísta! ¡y mal hablada! Por más que la Vero le insistió en la publicidad gratis, no aceptó, además, compararse con la Brandy y con la Francis, ¡una travesti homófoba!, ¡qué esperanzas! Ella lo tenía muy claro: era un actor, gay, travesti y perredista, ¡no una loca desclasada!, bien que tardó cuatro años en estudios de literatura dramática, y no en antros de cuarta con borrachos que agarran a cualquiera. Pero cuando vio el programa estuvo a punto de arrepentirse, si no fuera porque era en Televisa... ¡Pero cómo se atreven esas payasas! Un travesti es una persona decente, un rendido admirador de las mujeres. Se viste para home-najearlas, para llevar la belleza femenina a la altura del mito. ¡Pero esas cirqueras! ¡Ridículas! Se le olvidó Seki Sano y su maestro Castillo, olvidó los seminarios de Hugo Hiriart y a todo el teatro de vanguardia, se olvidó de todo cuando contempló a las *drag queens* mexicanas servirle de comparsa a la conductora en turno de *Hasta las mejores familias*.

*Las drag queens son la venganza mimética, la parodia de la imaginería travesti. Figuras irónicas de tercer orden: el desorden crítico de la reinterpretación al infinito. Perversas, inaceptables estafadoras del código genérico: destructoras del eterno femenino*

Irritan. Molestan. Hartan las buenas conciencias gays: ¿a quién le puede gustar una exagerada que se maquilla doble ceja, con colores extravagantes y vestidos inconcebibles, a quién pueden seducir esas figuras cercanas a lo grotesco? No confunden, no seducen, su juego es intertextual y genérico: se burlan del código travesti, pervierten la norma, causan risa, parodian. No juegan a seducir con el imaginario genérico, son burlonas representaciones de la representación: las enemigas íntimas del travesti, porque manifiestan la imposibilidad de la seducción, la destrucción viviente del mito femenino que los travestis tratan de reverenciar. Son odiosas; eliminaron la seducción y acudieron al gesto del *camp* para desvirtuar propósitos y presencias, incluso los del ligue, y los del sexo. Son máscaras de la máscara que develan la inútil pretensión del mito, por exageración semiótica, por estafa genérica. No tienen contenido: sólo la apariencia vitriólica de un ser sin identidad y sin personaje, porque la misma máscara, la persona, abandona el envoltorio material de su imagen para volar a los paraísos artificiales de la copia irreconocible y, por eso, de la burla imperdonable.

Las *drags* son las figuras desrealizadas de la posliberación, porque han perdido el contacto con la realidad que podía reconciliar su existencia, y han optado por desenvolverse a partir de la imagen

de un mito de segundo orden, el mito femenino en código travesti, a la manera de los pintores intertextuales que agotados de la experimentación y las rupturas regresaron para desconstruir el legado cultural y simbólico, y crearon objetos cansados de representar la realidad, para refugiarse en los cambios de sintaxis, porque ya no había ninguna realidad o ningún género que descubrir, o que inventar. Sólo quedaron como réplicas distorsionadas, y maravillosas, de la capacidad de irrisión que los espíritus exhaustos y juguetones pueden construir. Molestos, irónicos, cínicos, hastiados, pero nunca indiferentes a las reverencias genéricas o simbólicas de los que se visten para ser o para parecer distintos.

### **Cuinas, divina conjunción**

LA PRIMERA VEZ QUE LA VI fue en una película porno. Era un corto de relaciones Inter-raciales, tan en boga en los setenta. En una recámara nupcial, una negra bellísima, de largos cabellos rojos y delicada cintura, era penetrada inmisericordemente por un enorme falo blanco. Pensé que el contraste cromático —además de la obvia transposición de los roles y atributos raciales—, era la parte medular de la exhibición. Y así hubiera sido, de no ser porque tras los últimos estertores del orgasmo, un rápido movimiento de cámara mostró la cara complacida, y se deslizó suavemente hacia abajo para mostrar los senos durísimos, el vientre aterciopelado... y un pene descomunal, que empezó a ser succionado ávidamente por el otrora pene-

trador. La sorpresa fue chocante, pero descubrí excitado los detalles de un cuerpo sublime.

El camarógrafo había sabido disponer los acercamientos para conocer las extrañas perfecciones de aquella negra-negro inolvidable. Había moldeado un cuerpo perfecto de mujer para resaltar, orgullosa, sus magníficos atributos masculinos. No era un hermafrodita, no tenía dos sexos, sino uno solo, perfectamente viril, resaltado por formas femeninas. Así lo atestiguaba la cámara y también, por si fuera poco, la habilidad oral de su compañero, que en otras condiciones hubiera sido el atractivo central de la película. Ahora sé que algunos travestis evolucionan a esa nueva posición intermedia de los géneros y los sexos. Los he visto desfilar rutilantes por las pistas de baile o por los escenarios. Puede decirse que ahora abundan; sin embargo, nunca he vuelto a ver a nadie así. Quizá porque la primera vez es la única verdadera. No son transexuales clínicos, nunca cambiarán sus atributos masculinos iniciales, pero sí harán todo lo posible por dotarse de las otras características femeninas. No son transexuales, son las cuinas, los *she-males*.

*Simulación y disimulo, recreación y síntesis; las cuinas son las figuras mistificadas de la sexualidad posmoderna, el sueño realizado de los sexos intermedios: el multisex corporizado*

Las cuinas son el nuevo sexo creado por la tecnología biológica. El tercer sexo que soñaron los primeros liberadores homosexuales —con Hirschfield a la cabeza—. Varones-hembras. Conjugación fantástica

de los caracteres sexuales primarios y secundarios. Biológicamente complejos, reúnen genitales masculinos y pronunciadas formas femeninas pero recuperan, como los travestis, el imaginario femenino para simular a la mujer ideal.

A diferencia de los travestis, que recurren al artificio en la operación simbólica del cambio de género, las cuinas recurren al silicón para moldear el cuerpo, la cara y la piel, de acuerdo con su versión ideal de la mujer. Reverencian en el extremo las formas femeninas, dotándolas de una amplitud y una exhuberancia que obviamente no son, ni pueden ser, naturales. Si a los travestis los descubre el exceso del maquillaje y la obsesión del artificio, a las cuinas las caracteriza su fijación en el exceso. Caderas amplísimas, nalgas redondeadas, cintura muy breve, senos desbordados, ausencia definitiva del vello. Si el travesti es la exacerbación de la mimesis, la cuina es su perfección definitiva. El travesti no quería ser mujer, deseaba parecerlo; la cuina tampoco quiere ser mujer, desea ser algo más bello que la mujer, más perfecto; un ser nuevo que retome la fuerza simbólica del pene y la protuberancia seductora de los senos femeninos.

El nuevo sexo acude al artificio para construir una imagen específica de sí mismo. La cuina disimula sus atributos masculinos y simula clínicamente su feminidad. No vuelve indistintos los planos de lo real y lo imaginario, como el travesti, sino los combina para fijarlos en un cuerpo nuevo, para recrear un cuerpo y una identidad dual. Una figura sintética que asegura la coexistencia armónica —y orgánica!— de los opuestos.



La cuina es la primera de nuestras figuras sexuales posmodernas. Una realidad de tercer orden, creada por la tecnología: un sueño hecho realidad. Sin duda, las cuinas son el tercer sexo. Un sexo inventado, más real que lo naturalmente real: hiperreal.

¡Lo hemos conseguido por nosotros mismos, es nuestra imaginación la que sorteó el dictado férreo de la naturaleza para construir un sexo que combina la fuerza y la belleza de los naturales! ¡Un sexo creado! ¡Un androide sexual más que humano: divino!

La perfección es la única regla en el código de las cuinas. El nuevo sexo debe ser perfecto. Para qué obstinarse en adaptar prótesis y reconstruir miembros si el resultado no garantiza una forma sexual inmejorable. Y la perfección no la da la naturaleza, sino la ciencia. En las cuinas las formas construidas se rigen por la ley estricta de la exhuberancia. No basta tener caracteres femeninos, deben ser pronunciados e irrecusables. La perfección sintética debe ser brutal, inapelable. La belleza de las cuinas es casi aterradora, una belleza demasiado bella para ser real. Más que bellas, las cuinas son el sexo perfecto. El sexo sublime. Objetos exclusivamente sexuales que dan miedo, temor ante la imperfección de nuestros rasgos y deseos, todavía infectados de naturalidad, de animalidad humana. Con el tercer sexo, los sexos dejarán ya de tener sentido natural, casi igual que los géneros dejarán de tener sentido semiótico. La moda y las costumbres indican el destino inexorable hacia los individuos transexuales, pero las cuinas son la raza escogida biológicamente para asombrarnos a nosotros, todavía humanos, con una belleza de nuestra propia creación. Nuevo sexo, pero también nuevo mito y

nuevas divinidades sexuales. Objetos puros de belleza y de placer, las cuinas son los mitos sexuales de la posliberación. Los mitos biónicos de una sexualidad ya aburrida con las formas naturales que busca en la ciencia los instrumentos para crear otras formas de belleza.

Las cuinas son esta generación de individuos perfectos, aquellos que vienen a desaburrir, a sorprender nuestras viejas rutinas sexuales, nuestros viejos gustos naturales: a agradar multifacéticamente nuestros sentidos. Con ellas, ya estamos preparados para reiniciar otra fase de la sexualidad: la sexualidad sintética. ¡La bio-tecnología creará nuestros nuevos objetos sexuales! Justo cuando la liberación banalizó al sexo, la tecnología descubrió nuevas presencias agradables y variables, múltiples y novedosas. Las cuinas son la primera generación de una serie infinita de seres modificados, de objetos proteicos de belleza inmarcesible. ¡Bienvenidas!

## Masocos, la erótica del poder

NUNCA LO IMAGINÉ. Me impactó su seguridad. Ahí estaba, con su I.85, sus grandes ojos masculinos y una sonrisa distante y perfecta. Nos vimos apenas un instante. Después, simuló hincarse para amarrar sus agujetas. Unos segundos más tarde, señaló el reverso de un video para mostrarme su posición favorita. Por un momento no quise entender: me estaba proponiendo una penetración muy popular en el albur mexicano. Me puse nervioso. Desvié la mirada.

No quise verlo. ¿Qué quería? ¿Quién era? Sonreí. Pensé en las señoritas queretanas: ¡cómo se atreve!, ¡ordinario!, ¡fresco! Quizá por eso salí con él para escuchar encantado, sus solicitudes y propuestas. Más tarde supe: sus demandas. Muy seguro. Sin vacilaciones, tranquilo, como leyendo un *script* memorizado, como recordando viejos deseos, mientras me hablaba de su novia, de su trabajo, de sus aventuras con las compañeras de la fábrica de dulces, de las dos chavas de su barrio, con las que se emborrachó, y se acostó con las dos, en la misma cama. Y me miraba de repente, para asegurarse que entendía que “hiciera lo que yo quisiera, las veces que fueran”, con su voz pausada, cierta. Llegamos al hotel, fue directo. A lo que iba. Sin detenerse. Más excitado por la situación que por el contacto, respondí. Cada vez más fuerte. Hasta que lo dijo: “pégame”. Primero en las nalgas, después en la espalda, luego en la cara. Los golpes, como los embates, subieron de intensidad. Me abandoné. Respondí hasta que las manos y las carnes se sonrojaron. Por momentos me detuve: ¿se oye, le dolerá, hasta dónde? La respuesta la encontré en una voz casi inaudible y unos ojos doblegados: “Hago lo que tú quieras. Te obedezco. Mándame. Soy tu puta.” Y acariciaba mis dedos con su lengua. Redoblé la intensidad. Cada vez fue mayor, con cuidado pero sin miramientos vi que nunca se excitó, nunca permitió que rozara sus genitales, su placer se encontraba en otra parte, en las palabras, en las bofetadas, en las órdenes, en la sumisión. ¡Me encantó! Nunca lo había sentido así. El sexo era una excusa. El placer estaba en otra parte; junto y al margen del sexo: más allá. Eso me decía él, con sus grandes espaldas, bíceps perfec-

tos y su torso lampiño, con sus ojos desmayados y sus órdenes... más golpes, más... más... más... Y entonces lo supe, aun sin darme cuenta. La dominación es un desafío, no una situación. Es un reto lanzado al placer. El poder es un efecto momentáneo de la solicitud, de la orden redoblada: "domíname, mándame, dime que haga lo que quieras, escoge por mí". Al final, nunca se sabe en qué lado de la relación se encuentran los participantes. O eso es lo que creo, porque aún con su teléfono, nunca lo volví a ver. La verdad: no creí estar a su altura.

*Representación ritual del poder. Apuesta irónica de la dominación, el S&M es el teatro de las apariencias malditas, el suspense del goce doloroso: la disputa consensual del control: la ceremonia calculada de los placeres negros*

El S&M es la última relación sensual en épocas de ligue, la única garantía del placer de la carne que dirige sus miradas y sus esfuerzos hacia otra parte, al poder y al dolor, para elaborar un juego perverso de los simulacros y los acuerdos. En el masoquismo [M], no se trata de la dominación, sino del juego concertado de la dominación. Es la estafa de la subordinación, la aniquilación perversa de la humillación: y ahí, en esa rendija se encuentra el placer, un placer sublime, que atisba mundos desconocidos, apenas insinuados por una trampa al sexo. Bajo las máscaras de piel negra y los chasquidos de látigos de cinco puntas se encuentran las cenestesias posliberadas, las sensaciones lúdicas del sexo en tiempos del con-

dón y del acuerdo. La gran fantasía democrática de liberación puesta en duda por la nostalgia carnal de los deseos y las represiones, puesta en escena del fascismo entre dos, alimentado por el suspenso del placer. El S&M es un teatro calculado de las relaciones entre el poder y el placer, relaciones de subordinación, de jerarquía, de dominación, relaciones o, mejor, efectos producidos por una representación calculada y consensual de los participantes para alargar el momento del contacto, para alargar el territorio y el espacio de las sensaciones, para erotizar el tiempo y el contexto, sorteando el sexo y acudiendo a la voz, a los referentes, a la memoria: a las representaciones.

El S&M es un teatro, sin duda, un teatro paródico y cronométrico de las sensaciones y del sexo, pero una representación gozosa del poder: una crítica contradictoria de la liberación del sexo, en dos sentidos: en la pretensión totalizante de expurgar el poder del sexo, y en la focalización sexual de las estrategias liberadoras. El S&M devuelve el reto: erotiza el poder, descentra el placer, relega al sexo. El goce se encuentra en la representación calculada de la dominación, en el uso de la humillación, de las órdenes, del comando, para alargar, postergar, imaginar, sostener el contacto. A menudo el sexo está afuera, o es momentáneo, acaso las carnes se toquen, pero no es el fin, el placer no se encuentra ahí, sino en la espera, en el golpe, en la voz, en la postración, en otra parte, en zonas inesperadas (el *fist fucking*), en sentidos desesperados (*¡call me names, bitch!*). Crítica contradictoria, porque el S&M es una representación calculada, es decir, consensual. La humillación de lamer una bota, de estar atado de

manos y piernas mientras el otro muestra orondo sus prendas, el deseo insatisfecho del que es obligado a ver, pero nunca tocar, ni tocarse, el goce ciego del amarrado, el placer infinito del castigo, todos los encuentros S&M son reversibles, están codificados por la ética del consenso. Contradictorio: el S&M, juego perverso del poder, es una inocente representación democrática del placer que se encuentra más allá del sexo: casi un juego *naïve*.

## Obsesos, la nueva mística sexual

DEAMBULAN INCESANTEMENTE por el cuarto de vapor, recorren incansablemente los baños del cine o los andenes de cualquier estación del metro. Nunca se detienen, vuelven y regresan otra vez. Son capaces de todo. No los detiene ni el lugar ni la circunstancia. Miran siempre igual: afebrados, aturdidos. Parece que siempre están deseosos, siempre insatisfechos, siempre dispuestos a responder al menor contacto, o a propiciar una satisfacción inmediata. Pueden hacerlo muchas veces, han sabido dosificar sus energías para soportar muchos encuentros consecutivos.

Salen a menudo, se confunden con los gays o los aventureros sexuales, pero en el ligue se transforman. Insisten, persiguen, agreden, convencen, seducen, son oportunos —saben cuando serlo—, son delirantes, son persistentes, son los buscadores insaciables del sexo, los obsesos del placer.

*Nostalgia y exceso, inocencia y perversión; los obsesos  
son las figuras limítrofes de la sexualidad, nuestros nuevos místicos.  
Ascetas espirituales, atletas del sexo y la indiferencia*

La circulación sexual que provocó la liberación franqueó la trascendencia para encontrar su única regla en la rotación. En el contacto sexual de la posliberación, el amor y los referentes simbólicos del intercambio desaparecen por el efecto anestésico del movimiento. Cambiar de figura, de imagen, de identidad, de ideologías y gustos, cambiar de sentimientos y de pareja parece ser el compromiso vital de los individuos de la modernidad tardía.

La permanencia de la relación sexual, una vez que el amor ha desaparecido virtualmente del horizonte, se consigue en el contacto multiplicado de la circulación: la promiscuidad es el efecto consecuente del movimiento sexual. Pero, también, en este movimiento acelerado de los objetos, la nostalgia del gozo aparece truncada en el movimiento puro y en la rotación indiscriminada de los contactos; aparece en la forma máxima del intercambio: en la obsesión.

La obsesión es la forma extática de la nostalgia. Un estadio interminable del placer, de la búsqueda permanente del placer, al que se llega por el movimiento puro del sexo, por el contacto acelerado del ligue. El éxtasis sexual no es el resultado inmediato de una satisfacción significativa, sino al contrario, se produce en la circulación desbocada, en el intercambio imparables del placer. El éxtasis es el destino intranscendente de la circulación, la aceleración *per se*, sin más sentido y significación que el contacto en sí.

La obsesión sexual es la forma individualizada del contacto irrefrenable. Ligar una y otra vez, tener sexo una y otra vez hasta dejar de sentirlo; aburrirse y continuar ligando y cogiendo, hasta despojarse del sentido pseudonatural de la satisfacción y el gozo. Arribar a un estadio de saturación tal que el mismo sexo desaparezca, ese es el propósito y el destino de la obsesión: una mística sexual hiperrealizada. Los obsesos comparten con los ascetas la indiferencia ante el dictado y la realidad del sexo. Pero mientras los últimos llegan por la denegación radical; los primeros se sumergen en el exceso para despojarlo de significado y trascendencia: para volverlo inútil, sin las ataduras del poder o del sentido. ¡Más libres que la libertad misma: extáticos! También a la inocencia se llega por desproporción. Proseguir el contacto sexual sin el goce consecuente, en un movimiento demasiado atento a sí mismo para mirar los referentes y los significados, es también una forma de misticismo. Los obsesos sexuales son las figuras místicas de la posliberación. ¡Nuestros nuevos inocentes! Fieles seguidores del intercambio, han traspasado el sentido y la verdad del sexo y han encontrado el estadio polisaturado de la sexualidad, donde el éxtasis y el misticismo, el exceso y la inocencia se reúnen, se unifican en una forma inesperada de la nostalgia.

Saint Jean Genet fue uno de nuestros místicos sexuales más venerados. Su divisa fue la violencia y el exceso. Sin embargo, ahora no es necesario ser santo, ni hereje, para acceder a las formas virtuales del éxtasis. Basta continuar la lógica inmanente de la circulación. Tarde o temprano, todos lo habremos alcanzado. Será el momento culmi-



nante de la liberación y la banalidad del sexo. El momento cumbre de su realización. Cuando todos lleguemos a ese paraíso artificial, a los abismos superficiales de la inocencia pervertida y la nostalgia obsesiva, podremos ya decir hastiados: ¿y para esto era necesaria una utopía emancipadora?

### **Deseantes, ánimas cotidianas**

TODOS LOS HEMOS VISTO, y quizá algunos de nosotros hayamos reaccionado con curiosidad, o tal vez con desprecio, o con un poco de esa simpatía lejana y burlona tan parecida a la condescendencia. Los hemos visto rondar una y otra vez los mismos lugares, bajar más de una vez al baño o voltear reiteradamente en el cine. Algunos sin saberlo, pero todos hemos compartido sus juegos y, aun sin sospecharlo, sus goces; sus triunfos y retiradas. Hay ocasiones en que no los tomamos en cuenta, casi pasan desapercibidos, pero en otras cargan tanto el ambiente que puede volverse molesto, o peligroso.

Son cuidadosos, intentan no ser vistos, quisieran desaparecer. Algunas veces lo consiguen, pero una vez identificado el juego, es imposible no involucrarse, aun sea a distancia, aun sea para alejarse. La mayoría de las veces aparecen solos, buscando siempre compañía. Acercándose unos a otros hasta formar pequeños grupos, comunidades muy variables. Nunca permanecen en el mismo sitio, están alucinados por el movimiento. Su estrategia es sencilla: aparecer-desaparecer, congregarse-disgregarse. Han descubierto, en la movi-

lidad, la fórmula de la ubicuidad misma: estar y no estar. Delinean un espacio imaginario, un territorio simbólico en el que se desplazan sin cesar. Tejen redes inasibles, a veces tan densas que ahogan, sofocan —también a los no participantes, a aquellos que sin saberlo se encuentran en el campo minado del deseo—. Son tan sigilosos en la demarcación de sus zonas que parecen haberlo estudiado minuciosamente, pero es seguro que no es así. Trazan líneas imperceptibles, pero muy claras cuando se transgreden. O cuando aparece la policía. Sin embargo, no los asusta, más aún, les encanta. Puede considerarse parte del juego, sin duda aumenta el placer.

Son obvios. Sus tácticas son muy evidentes. Si se mira detenidamente, se descubren las maneras en que se aproximan, el modo en que se conectan. Son palpables. Incluso puede sentirse la tensión, el suspenso y la solución climática del primer contacto o la decepción fulminante del rechazo. No les importa el lugar. A oscuras, con luz natural o artificial. Siempre encuentran la ocasión propicia, o sería mejor decir que es ella quien los encuentra, pues son objetos de la situación, es ella quien maneja el *timing*, los papeles y el final. Tampoco importa quiénes o qué sean. A nadie interesa el pasado o el futuro. Nadie se detiene a conocer la interioridad del otro, para qué, si estarán juntos un instante. Es un momento, un suspiro del tiempo. Sus propósitos son fijos, su objetivo bien focalizado. Para qué preguntarse sobre el otro si sólo distinguen una parte de su cuerpo. No hay comunicación. Sólo contactos. Y es lo que se espera. Por eso, una vez que han terminado —satisfechos o no, es lo de

menos— se separan. Regresarán luego, pues han dejado la marca de su presencia en el juego interminable del deseo.

Todos los hemos visto, hemos sido sus cómplices o sus acusadores. Querámoslo o no, hemos participado en sus triunfos y en sus fracasos. Los hemos visto desaparecer y reaparecer. Hemos invadido sus dominios, aun sin saberlo, y alguna vez, secretamente, hemos deseado estar en su lugar.

## FUGACES TERRITORIOS

*¿Cómo podría surgir algo nuevo de la desnudez?*

*Buscar un trozo de tierra sin nombre.*

*No hay ninguno.*

Elías Canetti

### Ruinas

LOS LUGARES DEL PLACER eran secretos. El silencio cubría los sitios de reunión, el peligro cercaba los márgenes, el goce de los marginales se encontraba en los sótanos de lo social, en las zonas lúgubres de los barrios malditos y los hoteles nauseabundos, entre los miasmas deletéreos de la ciudad, más allá, incluso, de los burdeles y los opiaros, en las sombras perversas de la ciudad. Todo era a oscuras. Peligroso. Desolado... Pero la liberación trajo la luz. Los lugares gays ya son conocidos. Se sabe dónde están y dónde efectuar contactos más o menos seguros. La liberación construyó nuevos espacios, definió los lugares apropiados y los integró a la geografía cosmopolita de la ciudad. Todos conocen los lugares gay. Son del dominio público. A veces causan problemas, pero siempre pueden identificarse.

La liberación construyó el espacio gay. Delimitó zonas, lugares y terrenos. Cartografió el placer. Levantó monumentos e hizo guías, itinerarios y recorridos para todos, a todas horas y en todos los puntos cardinales. Hoy ya se sabe a dónde y cuándo ir. Cuáles son las características, los peligros y los placeres posibles.

La liberación deslindó la ciudad. Edificó lugares seguros y se atrincheró en ellos. Fortificó los *ghettos* y desde ahí proclamó, orgullosa, su particularidad, su diferencia y, a veces, sus demandas. Formó comunidades egocéntricas, en espacios cerrados y altamente peligrosos. El resultado es evidente: los gays se enclaustraron y formularon paradojas topográficas; a la aceptación social cada vez mayor, respondieron con la cerrazón y la delimitación de sus centros exclusivos. Los gays se convirtieron en grupos con territorios propios, defendidos hasta la ignominia. Los antiguos territorios de los homosexuales reaparecieron como cines, baños, discos, cantinas, restaurantes, condominios y hasta colonias cuasi-exclusivas. Comunidades autónomas, con lenguaje y costumbres propias. Con dirigentes y formas políticas propias. Los territorios gays son zonas de reclusión; *ghettos*; reservaciones. Por eso los gays han reaparecido como tribus o minorías étnicas fuertemente arraigadas en sus zonas de tolerancia. Pero también atravesadas por patologías características de las comunidades endogámicas. El sida, la extorsión, los asesinatos seriales y todas las formas de fagocitación social aparecen como características de los grupos incestuosos o profundamente promiscuos. Los sistemas cerrados caen pronto ante los agentes exóticos. Los gays, abandonados a una reproducción asexual de sí

mismos, violentamente paródicos frente a lo social, eliminaron, a través de la liberación, los mecanismos inmunológicos que los defendían de la anomia, se centraron en sí mismos, para ver luego cómo los virus hacían estragos en sus comunidades. El sida fue una enfermedad gay pues atacó la promiscuidad endémica de un grupo aislado; pero la liberación fue la que construyó los *ghettos*, las reservaciones y los territorios exclusivos.

Y, sin embargo, a este proceso que la posliberación carga consigo, parecen enfrentársele otros procesos de redefinición espacial que no apuestan a la fijación y la exclusión, sino a la rotación y al azar. Los lugares no importan y sólo el tiempo parece ser relevante. Los encuentros se suceden en cualquier lugar e incluso hay una permanente repulsa a definirse. Se puede establecer el contacto en cualquier parte. Sin importar si está fichado o no. Si corresponde al ambiente o no. Si lo rescatan o no. Los territorios gays se definieron en la liberación, y en la posliberación apenas empiezan a disolverse.

El espacio es un atributo del poder, el tiempo de la seducción. En la posliberación los territorios son virtuales, la geografía se despedaza, no se ramifica ni se reconstruye. Los territorios son virtuales, evanescentes, inasibles. Se cruzan, se tocan, se separan o se desconocen. Ninguna estrategia los puede atar, no hay ramificaciones, ni círculos, si acaso nodos, encuentros furtivos y breves. Estaciones, pero no construcciones. Es lo que pasa, por ejemplo, en el ligue. El contacto puede ser en cualquier parte, y en todas partes se establece sin necesidad de acudir a un lugar o a un espacio definido. Lo mismo el sexo producto del ligue: cualquier lugar es bueno.

La rentabilidad propició los *ghettos*. Fue el afán liberador por insertarse en el tejido social lo que permitió enclaustrar a los gays. Hoy, después de la liberación, la rentabilidad es un propósito, a veces respetado, pero otras burlado. Como en los cines o en los baños. Ahí, los espacios se destinaban a otra cosa, y los gays los pervirtieron. No son *ghettos*, son territorios virtuales. No enclaustran, ni limitan; por el contrario, permiten posibilidades inimaginadas. No definen monumentos gays a la liberación. Se mueven, se expanden, se contraen o desaparecen; sólo las presencias cargadas de placer pueden dirigir su formación. Han burlado al poder, como también sorteado la rentabilidad y la liberación.

La posliberación es un momento paradójico que toma al tiempo pero también a la luz y a la pantalla como formas distintas de evadir la fijación del espacio. Una estrategia paródica de los encuentros, que privilegian el momento y la transparencia, por sobre el lugar y la obscuridad para definir la nueva existencia de los deseantes. Un territorio virtual, anegado de la luz intensa que producen los *looks* y el roce fantástico de los hologramas. El territorio posliberado devino pantalla o eventualidad pura; y sus habitantes, formas luminosas o tribus diezmadas por patologías endémicas.

## **Baños, la desaparición de la mirada**

LA CLARIDAD es deslumbrante. Todo se ve. Hasta los pliegues más íntimos de un cuerpo hermoso. Los afeites desaparecen y la piel se

desnuda hasta de sus horrores. Todo se exhibe. Desinhibido. Vanidoso. Los cuerpos se pavonean. Los atributos se muestran —orgullosos— y empieza una soterrada competencia de las medidas y los volúmenes. Todos se miran y comparan miembros, actitudes y comportamientos. Todos se admiran, porque la desnudez masculina es presuntuosa. Aún los desgraciados encuentran algo bello que lucir. Y si no está en el propio cuerpo, la armonía se busca en los otros, en la reverencia a un cuerpo perfecto que pertenece a todos, que se entrega generoso a las miradas de todos y, a veces, al apetito de todos.

La sensualidad masculina pertenece por completo al campo de lo visible. No es un misterio o una negación, como la de las mujeres; es evidente, manifiesta. Se sabe siempre cuándo aparece. No hay que efectuar rodeos o atisbar parajes secretos para descubrir el ánimo sexual de los hombres: se despliega y anuncia su deseo sin recato. Impúdicos, los hombres encuentran en los baños un territorio natural de su sensualidad. Una reserva para jactarse de una sexualidad que existe sólo cuando se muestra y se comparte.

Los baños gays realizan sólo lo que todos los baños presienten. Por eso, en México formalmente no existen. Para qué, si en todos orbita el deseo homoerótico. Y en todos se realiza, más o menos abierto. Por supuesto, el poder represivo ronda los espacios virtuales de los gays, pero en los baños se pierde entre los vapores y los cuerpos sudorosos. El poder desaparece entre las redes simbólicas de la solidaridad sensual. Sólo transitan las miradas y los deseos.



Una mirada que recorre ansiosa los miembros para el goce imaginado; otra mirada que interroga el espacio y las voluntades; miradas que ven para disfrutar solas; miradas que se pierden entre las brumas y la espera de los misterios; miradas desesperadas por las ausencias; miradas que suplican; miradas que desprecian; miradas tímidas, que huyen y se refugian en el pensamiento; miradas que fingen; miradas que vuelan.

No hay lugar para esconderse, ni lugar para no ver. En los baños todo se ve, sobre todo el sexo. Los baños no tienen profundidad son superficies con efectos de intensidad; como las grandes pantallas tridimensionales. Se ve hasta lo invisible. Los más pequeños movimientos, las cavidades más hondas aparecen en cualquier acercamiento. Los baños muestran la transparencia radical de la sensualidad de los hombres —y del deseo homoerótico—. Son una reservación obscena. Un territorio pornográfico. Por eso, paradójicamente, no hay nada que ver. La mirada deambula solitaria entre grupos de sexos palpitantes. De tanto que ver, la mirada ya no observa, no se detiene en nada y sigue desesperada buscando el cuerpo perfecto que la haga suspirar. La mirada se cansa de buscar, se aburre o se fascina. Con esa fascinación fría del deseo embotado por exceso. Con esa indiferencia inesperada de la visibilidad completa.

Todos miran en los baños, es el único lazo comunicativo, tan frágil que pronto se pierde cuando se esquivo la vista. El discurso no penetra. Los vapores disuelven las palabras y se quedan con los contactos, pues ya ni la mirada es eficaz. Los hombres se encuentran aislados. Son mónadas sexuales. Sólo tocando se comunican.

Una relación hiperestésica: apenas un roce o un apretón. Los hombres apelan a sentidos escondidos para ver cuando nadie mira. Sentidos ocultos pero manifiestos en la virilidad. Se tocan, se abrazan, se cogen. Hay un momento cumbre en los baños, cuando todos han alcanzado el destino esperado, cuando todos se desnudan de las inquietudes y acceden a los encuentros. Cuando todos devienen uno; el instante mágico de la comunión de los cuerpos. Es el tiempo de la orgía: el sexo masivo: la celebración compartida de un cuerpo único, del cuerpo masculino en todas sus dimensiones y en todos sus deseos.

En los baños, la obscenidad ha terminado por ser aburrida y sólo los excesos pueden devolverle un encanto posterior al gozo de la mirada. La orgía fue el destino natural del deseo transparente. Y los baños su reserva natural. Sin embargo, después de tanto mirar sin tener ya nada que ver; después de tanto desear sin tener nada que amar; después de tanto tocar sin tener nada que gozar, los baños han descubierto una zona inesperada del tedio: el aburrimiento por exceso. La saturación del placer. En ese momento todo se inicia de nuevo. Se vuelve un círculo perverso, donde a cada incremento del hastío se le responde con una dosis mayor de obscenidad e indiferencia. Una anegación pornográfica del aburrimiento sexual. Hoy, los baños son un territorio desolado de la pasión. Una zona que apenas puede disimular su nostalgia por los tiempos heroicos de la mirada atrevida. Se juega a seducir, a desviar las miradas con trucos muy obvios. Los hombres se ponen toallas, suspensorios o tangas para simular misterios donde sólo hay superficies. Aspiran

seducir y tan sólo provocan. Quieren ser diferentes, novedosos, intrigantes. Pero, cómo podrían, si los baños son, por definición, obscenos. Van a mostrarse y quieren seducir. Van a exhibirse y quieren intrigar.

La mirada es perversa y juega una mala pasada a los que la desafían con la obscenidad. Si el cuerpo se desnuda y se muestra completo, la mirada devuelve el reto con un minuto de deseo y una hora de indiferencia. La mirada termina por ser indiferente ante quienes se jactan de su cuerpo. Se retira y condena a los baños a ser una zona paródica de miradas que no ven, de cuerpos que no desean y de deseos que no satisfacen.

En los baños, la sensualidad masculina se despliega, orgullosa, sólo para encontrar el hastío inesperado de la mirada. A fin de cuentas, la pornografía siempre ha sido aburrida.

## Cines, ese oscuro objeto

LA OSCURIDAD es fascinante. La ausencia de luz desdibuja los rostros y los cuerpos, los convierte en siluetas, en sombras, en figuras apenas intuidas, abandonadas al placer ciego de los toques y los susurros.

La mirada no descubre al otro, no muestra, como en los baños, los pliegues últimos de su cuerpo y sus deseos, apenas percibe su presencia, intuye sus contornos y los modela imaginariamente. En la oscuridad del cine aparecen los cuerpos ideales, los órganos soña-

dos del placer más concentrado: el contacto. Un solo roce desata la pasión más encendida: la del imaginario.

El imaginario radical del deseo encuentra en la oscuridad de los cines el espacio adecuado para su trabajo cotidiano. Al amparo de la penumbra, las señales son confusas y ambivalentes. Nada es seguro, ni la aceptación del mensaje, ni el objeto del deseo. Cuántas veces un rayo de luz ha derribado las fantasías de un ligador acelerado, cuántas veces ha frustrado los avances de una mano aventurera. La oscuridad protege e invita, pero también descorazona y reprime. Y, sin embargo, ¿qué puede ser más tentador que sortear el peligro y encontrar el objeto soñado? Entonces, el tiempo se detiene, o pasa de lado, pues el placer se concentra en breves roces, en caricias cada vez más temerarias y arriesgadas, atisbando siempre el entorno, atendiendo siempre el desplazamiento de sombras vecinas o figuras cercanas.

En los cines el placer se desenvuelve al influjo enervante de la penumbra y del peligro. Un goce entre el riesgo y el encanto, entre la tentación y el arrojío; entre la fantasía y la realidad: un goce siempre apresurado, alucinado. En la oscuridad de la sala, el peligro acecha. Nunca se sabe cuándo ni cómo aparecerá. Un policía, un acomodador, un envidioso, un padre de familia pudoroso, novios molestos, jóvenes desmadrosos y machines, todos son delatores potenciales o represores inmediatos. Pero tampoco se sabe cómo responderá el otro, ni quién o cómo es. El riesgo es inmanente. Todos lo saben. El mayor placer es el de la aventura. Y el goce es un alarde de audacia y valentía, pero tiene que ser rápido y con-tacto, apelando a la suer-

te, al cuidado, a los movimientos precisos, y también, por qué no, a las solidaridades silenciosas de otros aventureros.

El riesgo del placer a ciegas se corre en un territorio también imaginario. Las señales son invisibles, pero fáciles de percibir. El espacio se fragmenta, aparecen zonas con funciones y pobladores específicos. Las hay de ligue, de contacto, de observación, de cuidado; las hay prohibidas, de mayor o menor riesgo, de búsqueda; solitarias o muy concurridas. Los individuos se esparcen y crean pequeñas comunidades itinerantes y muy variables, dependiendo de los gustos y las disposiciones, colectivas e individuales. Las señales son diversas: de aceptación, de peligro, de solidaridad, de invitación, de rechazo, de cuidado, de atención. Todos las conocen. Todos comparten las claves del territorio. Por eso, aunque sea imaginario y las marcas impalpables, hay trazos que permiten distinguirlo en todos los cines. Las bancas de atrás, las esquinas, las barras de protección, los pisos superiores, los descansos y hasta el lobby, pero sobre todo, los baños, las últimas filas, las escaleras y los pasillos; ahí se encuentran siempre los buscadores del goce rápido e imaginariamente perfecto. ¿Cuál es el camino que va de la atracción reservada al contacto aturdido y enfebrecido? ¿Cuál es la distancia entre la seducción y el orgasmo? ¿Cómo se evaden las interdicciones? ¿Cómo se fraguan las solidaridades y se acompañan los deseos?

El ligue a oscuras exige un cuidadoso conocimiento del territorio y la población, pero también un arsenal táctico suficiente. Las tácticas de la seducción y los riesgos del placer a oscuras tienen mucho del antiguo arte de la guerra o de la interpretación de sig-

nos. Saber cuándo avanzar y cuándo detenerse, cómo derribar obstáculos, cómo enviar señales, cuándo lanzarse y con quién, qué tonos utilizar, qué roces emprender, dónde desplegar la atención, cuándo terminar y cómo hacerlo, qué vía de escape disponer, son los aspectos mínimos del conocimiento de un buscador cinéfilo. ¡Cuántos prospectos no se han perdido, cuántos placeres no se han alejado por desconocer los movimientos, el tiempo y los signos adecuados! ¡Cómo olvidar el placer interrumpido por un intruso!

Los desconocidos son siempre interesantes. Nada atrae más que lo novedoso, pero rápidamente se olvida, y sólo los expertos tendrán éxito. Parece fácil, y en realidad lo es, pero el ligue y el sexo en los cines demanda una tensión anímica y corporal mayor, es un juego placentero cuidadosamente diseñado y desarrollado. Una mirada, un signo fugaz de aceptación, una mano que discurre sobre las piernas, atención al entorno, descubrimiento de peligro o solidaridad, aceleración del contacto, un instante de abandono y huida veloz del lugar: a eso se reduce el goce en el cine. Pero ¡cuánto tiempo en la preparación! ¡Cuántas desventuras y tentativas fueron necesarias para esa breve incandescencia y, también, cuántos riesgos se tomaron, cuántas iniciativas se reprimieron!

Hay que lamentarse, sin duda, de la represión y el hostigamiento pero mientras lo hacemos muchos se encuentran en los cines esperando encontrar en la oscuridad el cuerpo soñado que los hará gozar, aunque sea sólo un instante. Más intensamente que las parejas bugas [heterosexuales], en los cines los gays han encontrado la zona perfecta para tentar el peligro y disfrutar con ello. Son terri-

torios maravillosos de la confusión del placer, de la perversión del poder.

## Discos, las intensidades luminosas

LA PENUMBRA es alucinante. Los sujetos se despojan de su identidad, de sus preocupaciones y definiciones, para adoptar el estatuto irónico del objeto y la apariencia pura del holograma. Las luces se superponen para crear una atmósfera calculada de efectos televisivos y espectaculares. Los rayos láser crean fantasías luminosas, los colores reviven los tiempos psicodélicos o las más gruesas alucinaciones *punk*. La música *hi-fi* encuentra sonoridades inverosímiles. La penumbra prepara una fiesta sensorial más parecida a la implosión de las pantallas que a los escenarios pos-románticos o *kitsch* de los centros nocturnos.

Las discos reorganizan el espacio lúdico y erótico de los encuentros, para volver a todos partícipes de una puesta en escena ensayada repetidamente, de un libreto desconocido pero fielmente realizado. Todo está calculado y todos lo saben. La escenografía dispone los espacios y crea ambientes más acordes con una transmisión que a una representación. La representación todavía tiene el aura trágica de los destinos humanos, la transmisión expurga las actuaciones de contenido trascendente para codificarlas en *bytes* y operaciones binarias. La representación juega con la perspectiva y recrea las sensaciones; la transmisión re-forma la realidad y recrea

las intensidades. En las discos no hay actores, ni personajes, hay fantasmas, hologramas, individuos que se estremecen en el contacto de las apariencias. Las identidades desaparecen —aún sean las falsas— y aparecen los *looks*. A las pasiones las sustituyen las intensidades, los estremecimientos: los roces de las superficies.

Hay una diferencia radical entre los encuentros de personas —característicos de las épocas anómicas— y los roces lumínicos del *look* y el holograma —característicos de las épocas indiferentes—. Las discos semejan una transmisión televisada, con presencias digitales y fantasmas implosivos. La pasión desaparece, la intensión decrece en la virtualidad de los encuentros y en la amenidad de un *videotape* reconocido.

Los individuos han triunfado sobre la alienación, pero no de esa forma heroica que todavía tienen las utopías sociales, sino de una forma irónica: a través de la disolución de las esencias, de las profundidades, de la naturaleza. La utopía revolucionaria de la desalienación y la transparencia radical del ser en el juego y el erotismo, se cumplió de una manera perversa; no a través de la integración de la esencia y la apariencia, sino de la implosión del ser en la superficie.

Las discos han recompuesto un territorio a partir de la luz y lo han transformado en pantalla. Ahí las profundidades no existen, sólo las apariencias. Los individuos se han despojado de las máscaras, para abrazar la causa irónica de las partículas luminosas, que no tienen esencia sino existencia. De ahí, también, que a la diferencia de los sujetos en el mundo de lo social, la haya sustituido la indiferencia de los objetos en el mundo digital. Los *looks* se rozan, se



conectan, no se comunican, ni se enamoran, como los sujetos lo hacían antes en el espacio social. En las discos, los sujetos se desrealizan, acuden para disolverse entre la masa, en la sensualidad de la masa. Los individuos agregan sus energías y su potencial lumínico a la materia lúdica y sensual de las discos para conformar una realidad indiferente a su interior, pero expresiva en su transmisión. La anomia desaparece y reaparece una homogeneidad pasmosa en una pantalla digitalizada.

Los individuos hacen funcionar a la masa a través de la eventualidad de sus contactos, y hacen implotar su energía para transmitir la imagen en la cinta imborrable de la nostalgia. Antes, la crítica política de las discos acudía a la alienación, la homogeneidad y la indiferencia para captar los elementos disruptivos de su comprensión; ahora la traspolítica ha reivindicado los mismos conceptos para mostrar la novedad teórica de una realidad insondable y sublime.

Perdidos en el umbral de un mundo nuevo, donde la transparencia devino obscenidad, y la obscenidad en orgía luminosa, las discos descubren la forma fatal del destino liberador: los individuos desrealizados, reagrupados en una masa indiferente que acude a una transmisión televisada de sí misma para encontrar, por un momento, el recuerdo de su presencia en el mundo.

## Cuartos oscuros, los placeres orbitales

LA TINIEBLA es excitante. Es una invitación a ciegas del placer. No se sabe cómo ni con quién, pero se tiene la certeza de múltiples objetos sexuales dispuestos para todo, y para todos. Los sentidos se aguzan, una vez que la mirada perdió su hegemonía en el ligue, pero quedan el olfato y el tacto y el gusto, para celebrar la cercanía de otros sentidos dispuestos. Triunfo de la hiperestesia, apoteosis de las cenestesias ciegas, los cuartos oscuros son territorios de la pasión más desenfadada, por ciega y muda, pero no sorda a las invitaciones, o a las respiraciones entrecortadas que anteceden los encuentros, o que los provocan, que los incitan. Como en los cines, que son sus antecesores, y también sus límites, los cuartos oscuros son territorios cifrados del goce, en un doble sentido: como límite externo de las posibilidades de encuentros y como límite interno para la loca exposición de los sentidos y de las demandas. Pero también, espacio infinito de las posibilidades inmediatas a diferencia de los cines, en donde la oscuridad sólo era una invitación a lo desconocido, pero siempre peligroso, aquí lo desconocido no tiene más límite que la aceptación del otro, o de los otros. Territorio límite, es cierto, pero también hiperespacio del deseo y del placer. No hay límites interiores, porque los cuartos oscuros están cercados, como en los círculos mágicos que cercan de los poderes maléficos del exterior, y quedan al arbitrio de los poderes internos de los pasajeros del cuarto, o de los invocantes del conjuro gozoso. Por eso cuando en los cuartos oscuros quedó al descubierto la es-

trategia infinita de la permisividad y el círculo externo permitió el desenfreno de las pulsiones, sólo atenazadas por el temor al sida y a los virus propios de la endogamia, en Alemania empezaron a ensayar una lotería maldita de la muerte: “montar a pelo”, tener sexo sin condón, invitando a un seropositivo a la danza incontrolada de los encuentros sexuales oscuros. Un agente exógeno que acabe con la comunidad desenfrenada, una suerte maldita que incorpore la muerte en el terreno seguro de los cuartos oscuros. Después de la permisividad, en plena orgía, si no luminosa, sí construida, artificial, autorregulada, ¿qué queda sino la invitación al azar para terminar con el sexo, con el goce, con la vida? Un suicidio, se diría con la moral del converso, pero no es así, sino una lotería calculada para evadir las interdicciones externas y dotar de peligro a una comunidad evanescente demasiado circunspecta y harta de haber acabado con todas las prohibiciones, incluso las de querer vivir.

## Chats, la multiplicación de las identidades

112 ● LA PANTALLA es inquietante. Lejos de su simplicidad, o de sus peligros, o del temor que recuerda la página en blanco, es un espacio infinito de posibilidades, un trayecto inacabable de multiplicidades: de encuentros, de deseos, de placeres, de sujetos, de experiencias: el hiperespacio de la socialidad, el monitor infinito de las identidades. Los *chat rooms* son estaciones virtuales de encuentros, agencias momentáneas para la identificación, o construc-

ción, de comunidades evanescentes, técnicas de fijación de identidades volátiles, zonas de reconocimiento de deseos azarosos. Porque en los chats, los individuos se detienen por afinidades muy variables, por deseos intermitentes, son territorios fugaces de encuentros mediáticos, sin filiación permanente, sólo ocasional, tan variable como los deseos o las oportunidades que da la simple navegación por la red. Si los chats son espacios virtuales, en todas las determinaciones del término, también los habitantes son virtuales, presencias inmediatas despojadas de memoria fija, o trascendente; son multiplicidades, seres múltiples, que trazan su identidad a partir de la paleta de la experiencia, no de la esencia. En el chat, en sentido estricto, ni siquiera se encuentran los individuos, sino partículas individuales, o subindividuos, que trazan su existencia, su fugaz existencia, en los *nicks*, conjuntos alfanuméricos de invitación, sin referencia a la esencia o siquiera a la historia del sujeto, pues encuentra en la imaginación un abanico infinito de posibilidades de identificación. El ser se multiplica en tantos chats y comunidades como su espíritu aventurero se lo indique, y la capacidad de memoria de su módem se lo permita. Por eso resultan ingenuos, por no decir ridículos, los llamados de algunos que “exigen” chatear con individuos reales, no con mentirosos. ¿Por qué, si la mentira es la hija pródiga de la imaginación? ¿Por qué, si la invitación del hiperespacio textual, del universo infinito de la red es la capacidad de inventiva, de colocación de mensajes sin referencia corporal, sólo binaria, sólo mediática? Los chats son el laboratorio de invención de las identidades, el taller de construcción de tantos yo como co-

munidades virtuales aparezcan, el mejor lugar para el trabajo del imaginario colectivo y la multiplicación de existencias evanescentes. Una democracia *sui géneris*, basada en palabras sin sujeto, en la comunicación sin identidades y sin actores políticos o sociales, sólo partículas del deseo que dejan su rastro en los monitores policromáticos o en las páginas de los favoritos del cibernauta.

Esta primera edición de *Después de la liberación* estuvo a cargo de Fomento Editorial de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria de la Universidad Pedagógica Nacional, y se terminó de imprimir en Diciembre de 2001, en los talleres de EDITORIAL COLOR, S.A. DE C.V. ubicados en Naranjo No. 96 bis p.b. Sta. María la Ribera, México 06400 D.F. El tiraje fue de 2 000 ejemplares más sobrantes para reposición.